



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 "
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

ÉPOCA 4.^a — AÑO XL. — TOMO IX.

NÚMERO 30 — Madrid 25 de Octubre de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por R. — *Los grabados*. — *Diversiones antiguas*, por D. J. F. Ll. — *Gounod y su himno a San Agustín*, por Fr. Eustoquio de Uriarte. — *Recuerdos de Santa María de Veruela*, por D. M. Pérez Villamil. — *La vida del campo* (poesía), por Fr. Antolin Frias y Ramos. — *La Pastoral de nuestro Prelado*. — *En la muerte de mi madre* (poesía), por Fr. Francisco Blanco García. — *Si yo tuviera madre...* (continuación), por Fr. Conrado Muñoz Sáenz. — *Conocimientos útiles*. — *Miscelánea*. GRABADOS. — *Excmo. Sr. D. José Casado del Alisal*. — *El ángel del trabajo*. — *La tarde de Otoño*. — *Emmo. Sr. D. Federico de Furstemberg*. Cardenal de los slavos y Arzobispo de Olmütz en Moravia.

LA DECENA

La primera noticia que debo registrar en esta crónica pertenece al género de las noticias feroces.

Esto no sería seguramente una novedad en unos tiempos y en un país en que la inmensa mayoría de las noticias de sensación que palpan en la prensa ofrecen ese mismo carácter de ferocidad.

Lo que hay de notable en la noticia á que me refiero es que, sin dejar de ser feroz, es consoladora y satisfactoria. Porque no me negarán ustedes que es satisfactorio y consolador el espectáculo de una capital que, sin haber llegado ni con mucho al límite posible en materias de cultura y de adelanto moral y material, posee, además de una gran vía en proyecto, un concejo ya hecho y concluido que vela de día y se desvela de noche por allegar una espuesta más a terraplén de la comodidad de sus administrados.

La verdad es que da gusto vivir bajo la protectora sombra de este madroño municipal, sin temor al oso que, no obstante su aspecto terrorífico, no sirve ni para descascar al más insignificante de los perros que se dedican á morder transeúntes por las calles de la coronada villa.

Pero me voy insensiblemente apartando de mi asunto, y ya tengo impaciencia por dar suelta á la noticia, tan fiera como satisfactoria, que he empezado á apuntar.

El Ayuntamiento de Madrid no celebra solamente llegadas de periodistas italianos, ó fiestas populares, sino que celebra también sesiones, aunque no sean tan concurridas como aquéllas y aunque muchas de ellas hayan de verificarse en segunda citación por no haber asistido suficiente número de señores concejales á la primera.

Pues bien: en una de estas sesiones, y entré otros acuerdos de menor importancia, se tomó uno trascendental, que si como fué acuer-

do, hubiera sido logogrifo, no le acertaran mis lectores aunque para ello se tomasen todo el tiempo que se toma el Ayuntamiento para satisfacer nuestros deseos.

Aun cuando para facilitarles la solución del problema les dijera á ustedes que el tal acuerdo pertenece á la categoría de los *maníferos*, tampoco darían ustedes con la palabra del enigma.

Y aunque añadiese que el supradicho acuerdo recae sobre algo capaz de despedazar las entrañas más empedernidas, y de poner los pelos de punta en las cabezas más calvas, y de levantar las piedras en las calles mejor pavimentadas, y de hacer correr hasta á los agentes de policía urbana que no se mueven por nada, tampoco adivinarían el objeto de ese acuerdo.

Más todavía: podría decirles á ustedes que no se trata de nada útil, de nada conveniente, de nada necesario, de nada reclamado por las circunstancias, de nada que se relacione con los intereses del ve-

cindario; y tampoco saldrían ustedes de dudas, porque me dirían que de esa clase de acuerdos están atestadas las actas de muchos municipios.

Ea, basta de divagaciones y vamos al Africa... quiero decir, vamos al huésped africano (que no siempre ha de ser el huésped asiático) que ha motivado el acuerdo de que aun no he hablado, á pesar de haber hablado tanto.

El Ayuntamiento de Madrid, siempre solícito, etcétera, etc... y dispuesto á dotar á esta culta capital, etc., etc... ha acordado *adquirir un león para el Parque de Madrid*.

Me parece que la noticia es de rugiente interés y merecía la pena ser cazada en la selva de la murmuración pública para enseñársela al lector enjaulado y con las convenientes precauciones.

Y no tengo más que decir del acuerdo *leonino*.

* *

Otro acontecimiento de la decena ha sido la inauguración del teatro Español.

Se ha realizado al pie de la letra lo que con referencia á este acto tuve el honor de vaticinar en el último párrafo de mi anterior artículo. Inmensa concurrencia, inmenso lujo, inmensos aplausos; gran calor, gran desempeño, gran Echegaray, *Gran Galeoto*; soberbio Vico, soberbio Calvo, soberbias calvas, soberbias situaciones dramáticas (como el año pasado) y soberbias descripciones periodísticas (como el año que viene).

Hubo llamadas á escena, arrebatos de entusiasmo, aderezos riquísimos, butacas tan caras como aderezos, y caras que desde las butacas miraban los aderezos con envidia.

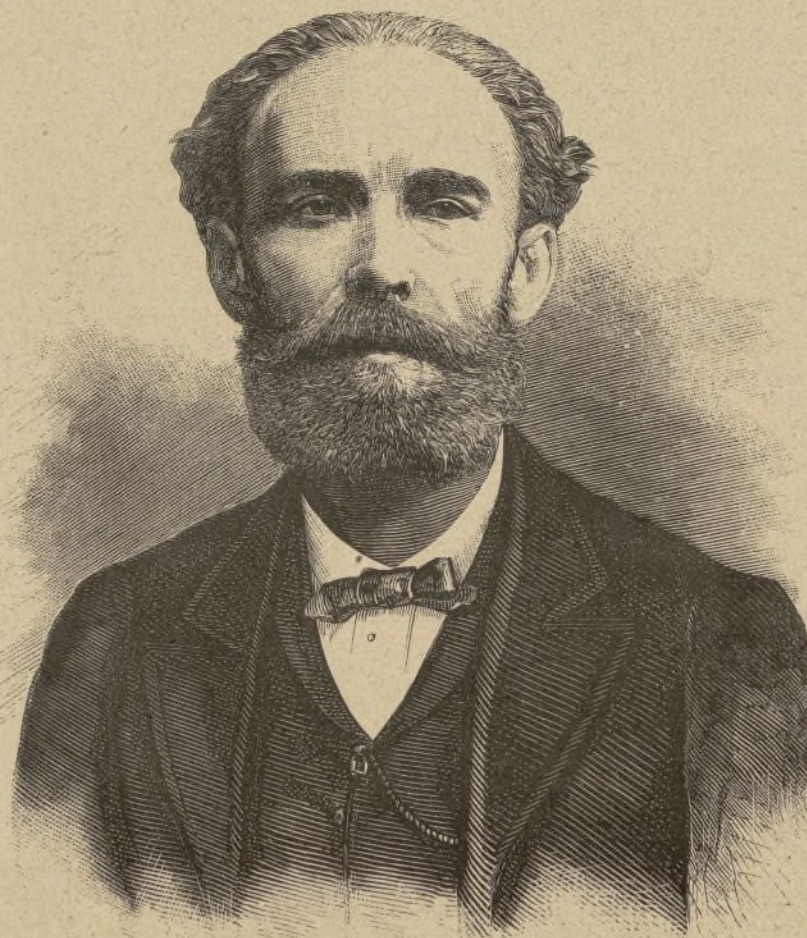
No puede negarse que la inauguración de la temporada en el teatro Español ha sido brillante, y hace esperar una saludable reacción en el público, siempre que la empresa, los autores y los actores pongan algo de su parte para atraerle, contando hoy, como cuenta, con mejores elementos artísticos la compañía á cuyo frente están los dos mejores actores que tenemos en España.

Veremos el rumbo que toma, y si es el que aconseja el interés del arte dramático, y el que reclama el buen gusto, y el que exige el nombre mismo que hoy lleva al antiguo teatro del Príncipe, todos estaremos de enhorabuena.

* *

Otro fausto suceso se realizaba la misma noche en el teatro Real... Fausto he dicho, y no me retracto; pero ¡qué *Fausto*, caballeros!

Fortuna que el público, ó la gran mayoría del público que concurre al regio coliseo, y que ha solido mostrarse tan intransigente en oca-



EXCMO. SR. D. JOSE CASADO DEL ALISAL, INSIGNE PINTOR.

† el día 14 del corriente.

siones con artistas menos pretenciosos que los actuales, parece que se conforma con lo que le dan y se satisface con saber que el importe del abono ha ascendido este año á más de *quinientas mil pesetas*.

Está visto que se puede realizar un abono de más de dos millones de reales; presentar al público, como garantía de ese anticipo que se toma por cuenta de los éxitos futuros, una lista de cantantes los mejores del mundo; manejar, hasta descoyuntarse las muñecas, el bombo y los platillos en honor de las *divas* y *divos* que han de asombrar á los aficionados; tener la fortuna de encontrar un director de orquesta que es una verdadera notabilidad; se pueden reunir todas estas circunstancias... y cantarse muy mal el *Fausto*.

Digo *muy mal* con relación á lo que debía y podía esperarse de los elementos allegados por la empresa. Porque no basta que un determinado artista desempeñe su parte admirablemente, ni que tal otro arranque aplausos en tal ó cual pasaje de la obra, ni que *se borde* esta cavatina, ó se mate aquella romanza.

Todo lo que no sea ofrecer un conjunto armónico, un todo homogéneo, un cuadro en que cada figura ocupe el lugar que le corresponde, sin que ningún detalle ó accidente desentone la composición, no puede satisfacer á la crítica, no puede llenar los deseos de los inteligentes ni aun de los simples aficionados, en cuyo número y en último lugar tengo la desgracia de contarme.

En este sentido digo que *Fausto* se ha cantado *muy mal*; y sin ser pesimista ni dejarme llevar de ningún sentimiento de animosidad, desde luégo auguro que otras óperas han de cantarse peor: al tiempo.

**

En los demás teatros se han estrenado estos últimos días algunas piezas de escasa importancia, entre las cuales sólo merece especial mención *Golondrina*, puesta en escena en el teatro de Lara.

Por más que su autor, el Sr. Ramos Carrión, la haya presentado como un juguete sin pretensiones, descuella tanto entre el fárrago de piezas que se exhiben de algún tiempo á esta parte, que vale la pena de dedicarle alguna frase de elogio, por más que el merecido éxito que ha alcanzado no pueda darnos la esperanza de verle repetido en otras producciones y en otros escenarios. Y aquí encajaría muy bien aquello de que «una golondrina no hace verano.»

**

La noticia de gran sensación entre las señoras, la que ha causado una impresión tan profunda en el bello sexo como la noticia de la enfermedad del emperador Guillermo entre los políticos, es la que ha empezado á circular respecto á las corrientes revolucionarias y profundamente trastornadoras en que se trata de hacer entrar á la moda en un plazo no lejano.

Ajeno por completo á estos asuntos metafísicos, no me atrevo á exponer mi juicio sobre el alcance y trascendencia de una reforma tan radical como la que se anuncia.

Si los rumores que corren llegan á tomar cuerpo, las señoras perderán el suyo; es decir, el talle subirá hasta debajo de los brazos, resucitando la usanza de hace 90 años, pero exagerándola con arreglo á los adelantos de nuestra época. Con esta reforma coincidirán, según las noticias que circulan, otras no menos importantes en la indumentaria femenina, entre las cuales figura la falda tan ceñida al cuerpo, que si no imposibilita por completo la locomoción (lo cual sería el bello ideal de la moda), la haga por lo menos tan difícil como suele serlo la de los vehículos en las carreteras de la provincia de Madrid. Las señoras tendrán que caminar á saltitos, cosa que les parecerá difícil y penosa en un principio, pero una vez acostumbradas, verán que este sistema es menos complicado y peligroso que el de caminar haciendo prodigios de equilibrio sobre tacones de dos pisos con entresuelo, como exige la moda hoy dominante.

Por mi parte, me alegraré de que prospere este pensamiento innovador, porque tengo curiosidad por saber si con la traslación del talle al tercio superior de la espalda coincidirá el *ascenso* de ese artefacto cuyo nombre ignoro, y que hoy forma una protuberancia en ángulo recto con la línea de la cintura. En todo caso, y partiendo del principio de que ese ahuecador no perdería nada bajo el punto de vista de la estética con subir de sitio, ó hablando más claro, que tan horrible y tan ridículo sería en un sitio como en otro, siempre resultaría menos incómodo llevarle entre los dos hombros,

principalmente para sentarse en visita, en carruaje ó en el teatro.

Pero estoy hablando de lo que no entiendo, cual si me preparase para pronunciar un discurso parlamentario. Más vale dejarlo.

**

Con las noticias de que me hago eco en los anteriores párrafos ha coincidido la de una reforma en otro cuerpo, que no es el cuerpo de los vestidos, sino el cuerpo de Seguridad pública.

Parece que se están confeccionando á toda prisa figurines y patrones para hacer á esa señora un magnífico traje de novia, porque dicen que la tal Doña Seguridad y Policía se casará muy pronto con un caballero de quien estamos cansados de oír hablar y á quien nadie conoce ni aun de vista, D. Interés Público.

La casa de los novios se montará con gran lujo, dotándola de un personal numeroso, inteligente y activo, bajo las órdenes de un jefe perteneciente á la alta jerarquía militar.

Sin meterme á juzgar *a priori* los resultados de esta reforma, digo que buena falta hace organizar y dignificar el ramo, harto descuidado, de policía y seguridad públicas, base de la buena administración, garantía de la tranquilidad de los hombres honrados, constante amenaza de los criminales y poderoso auxiliar de los tribunales de justicia.

Veremos si á la bondad del pensamiento corresponden en la práctica los resultados.

**

Estoy desconcertado y nervioso. Desde hace tres cuartos de hora estoy oyendo debajo de mis balcones un ruido insoportable, que no sé cómo calificar.

Roque dice que es *música*.

Hay que tener en cuenta que mi sirviente es hombre, como suele decirse, *de buenas tragaderas*; pero por esta vez las tragaderas de Roque se le han subido á las orejas.

La granizada de notas que me están trastornando el cerebro (ya de suyo irritable y débil) llega á mi cuarto disparada desde la acera de enfrente por uno de esos molinos de mano llamados pianos mecánicos, cuyos engranajes trituran música de diferentes autores.

No comprendo cómo hay personas tan sólidamente organizadas que no sólo soportan esa trepidación lírica, sino que se complacen en sentirla... Bien es verdad que yo recuerdo haber visto una pieza cómica en la que figura un personaje á quien le gusta que le den con la badila en los nudillos... ¡Nada, que no puedo escribir!

He mandado á Roque que eche al bracero-músico, por ver si se aleja, unos cuantos perros chicos, ya que no puedan ser perros de presa; pero el pianero ha creído sin duda dar muestras de su agradecimiento prolongando indefinidamente su faena corporal, y ahí se está, dale que dale, vertiendo espuestas de notas desafinadas y compases semitonados y trinos de carraca capaces de conmover los bustos de piedra con tan poco gusto colocados en la nueva fachada del teatro Real...

¡Ea, no puedo más! Y pongo fin á este artículo, recordando la frase de un reo impenitente que, puesto sobre la plataforma del patíbulo, se dirigió con los puños cerrados y la mirada impregnada de odio hacia el pueblo, exclamando:

— «¡Ah! ¡infame sociedad...! ¡El piano me vendrá!»

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



RAVE es por demás el aspecto que ofrece la cuestión de Oriente al entrar en prensa nuestro número; y esta gravedad que viene observándose desde hace algún tiempo en las cortes de Europa, tiene á todas las personas sensatas con esa intranquilidad y zozobra que se manifiesta á la cabecera de un enfermo cuya dolencia, habiendo presentado ya todos los síntomas de un funesto desenlace, éste se hace esperar, y parece en momentos dados como que se reanima el paciente y la esperanza renace. Pero tan lentos como son los pasos de un mal, tan rápidas como desaparecen las agradables impresiones.

Por lo que se refiere al asunto que se debate entre Rusia y Bulgaria con asistencia de las grandes naciones, cada incidente nuevo es señal ó indicio, por lo menos de mayor complicación internacional y más amplia extensión del conflicto. Ayer nos anun-

ciaba el telégrafo una probable cuádruple alianza entre Alemania, Inglaterra, Austria é Italia, esta última llevada como á remolque, atraída por aquellas grandes masas de nacionalidad para oponerse á un decisivo golpe de mano de los rusos que desfigurase el mapa de los Balkanes, y otro día se asegura que la unión de Rusia, Francia y Turquía es un hecho. Ambas soluciones, cada una aislada, es ya por sí sola de suma trascendencia, pero la una enfrente de la otra, con sus posiciones respectivas, no pudiendo neutralizar sus efectos sería grandemente lamentable. Las pretensiones de Austria en los Balkanes, alimentadas por Bismark, á quien li-sonjea allá en sus sueños de unidad alemana, ver al Austria-Hungría tender su cetro sobre las ribe-ras del Bósforo no dejan de ser conocidas, y Hungría además ha de intentar se ensanchasen sus fronteras para salir de la opresión, y más aun de la eventualidad de ser anulada como Polonia á cualquier cambio de postura del poderoso Imperio su vecino. Y razones muy grandes y muy poderosas tiene Alemania para oponerse con todas sus fuerzas á la preponderancia de Rusia, que traería la contrariedad más firme en su más ardiente deseo de hegemonía europea, como lo demuestra su historia en los últimos tiempos, pasando su espada sobre los campos de batalla como un meteoro sangriento. De Inglaterra nada decimos, pues ya en reseñas anteriores hemos mencionado algunos de sus propósitos.

En cuanto á la unión de Rusia y Francia diremos que es tal el factor de Rusia, que por pequeño que sea el que le acompañe dan una multiplicación sorprendente de fuerzas y más tal vez por la situación de esta última potencia en el mapa de Europa.

Habidas estas ligeras consideraciones, nada de extraño tiene la trama que se urde por las grandes potencias, á veces fina y delicada entre las manos hábiles de diplomáticos astutos, que oculta invisiblemente y envuelve en las más oscuras sombras los propósitos más decididos; y otras veces aparece rasgada dejando ver en correcta formación las filas de grueso ejército y brillo de las armas.

Tampoco tiene nada de particular que en vista de esto, los periódicos rusos oficiales ú oficiosos declaren que es imposible obtener la pacificación de Bulgaria por los medios empleados hasta ahora, y mucho menos cuando á nuestro juicio aquéllos no han sido los más á propósito para este objeto, sino todo lo contrario, anunciándose así como de pasada el llamamiento de las reservas del ejército de Rusia. Hay sospechas en esta nación de que la Asamblea búlgara reelija al príncipe destronado, para cuyo caso se reserva la declaración de guerra, pero á última hora parece la Asamblea inclinada á una contemporalización con Rusia. Esta se dice no intervendrá, sino en aquel caso extraño, pero por más que la cordura de la mayoría parlamentaria incline las cosas hacia el mejor lado, es evidente que Bulgaria en la situación presente gira impelida por las masas del país, que no pueden cometer sino grandes desastres.

Circula por la nación moscovita una como especie de razón para intervenir en Bulgaria, y es, según dicen, que habiendo sido Rusia la nación que rescató á Bulgaria del imperio musulmán, tiene el derecho aquélla de mantenerla bajo su protectorado.

Manifiestan que en el tratado de Berlín hay un artículo, según el cual, la administración provisional de Bulgaria hasta la terminación de los reglamentos orgánicos debe ser dirigida por un comisario ruso con el concurso de otro otomano y de los cónsules de las grandes potencias.

Sostienen que desde la abdicación del príncipe, Bulgaria vuelve á la situación que tenía en 1878, y que por lo tanto lo que procede es el nombramiento de los comisarios ruso y turco encargados de regirla interinamente.

Se dijo que el primer acto de la alianza entre Rusia, Francia y Turquía sería una nota del Gobierno turco invitando á Inglaterra á abandonar el Egipto, y que si contestase con una negativa, Francia y Rusia declararían estaban resueltas á apoyar la soberanía del sultán sobre el territorio egipcio.

El gran canciller se asegura que quiere la guerra, pero desea antes que sea popular en Alemania para inclinar el ánimo del emperador Guillermo en este sentido.

La prensa inglesa elogia, como era de suponer, la actitud de Bulgaria al haber votado candidatos para la Asamblea hostiles á Rusia, añadiendo que no teme que esto dé lugar á la ocupación. No deja de atacar á Francia por la política que siga en este asunto. Dicen además los ingleses, y son los más autorizados sin duda para ello, que la situación de la Hacienda búlgara es deplorable.

Se ha abierto una información sobre los sucesos ocurridos en Sofía con motivo de las elecciones, de

la cual resulta que han sido los partidarios de Rusia los promovedores.

He aquí la distribución de los 590 diputados que forman la Gran Sobranje:

- 480 del partido de la Regencia.
- 26 del grupo de Zancof.
- 15 del grupo de Karaveloff.
- 20 distritos sin representación.
- 40 diputados indefinidos.
- 9 elecciones empatadas.

El general Kaulbars ha publicado y hecho reparar públicamente una alocución al pueblo, en que se declaran nulas las elecciones en nombre de Rusia, por suponer que se han hecho bajo la amenaza y las coacciones de la Regencia.

Por último, por haberse realizado en la forma y modo que determina la Constitución.

Y por fin, hablando de los incidentes ocurridos el domingo último delante del consulado de Rusia en Sofía, declara que la responsabilidad no fué en manera alguna del Gobierno y de las autoridades, sino de los que provocaron y alentaron las turbulencias.

El Gobierno búlgaro ha resuelto trasladar su residencia a Tirnova durante la reunión de la Asamblea nacional.

Abiertas las Cámaras francesas, la crisis del Gabinete se acentúa, y parece indudable que ha de ocasionar algún cambio, por lo menos el de Carnot, que dicen ha sido víctima de una intriga en la comisión de presupuestos. Otros ministros, amenazados de salida, han retirado sus dimisiones, de modo que la situación en que sorprende a nuestra vecina el conflicto europeo no es la más halagüeña.

Circulan con insistencia en esta nación noticias alarmantes sobre la salud del emperador Guillermo, y de tanto como se trae y lleva este asunto, parece desprenderse que tiene algún viso de fundamento, asegurándose que no ha podido trasladarse a Berlín.

Ninguna amenaza, según se dice, decidirá a Inglaterra a abandonar el Egipto, y ha llamado la atención la Memoria escrita por lord Beresford, individuo del almirantazgo inglés, quien censura enérgicamente a éste por no obrar con más eficacia en la cuestión de material de guerra, en la previsión de que surjan graves sucesos en Europa.

Sostiene que las marinas de Francia, Alemania y Rusia están más adelantadas en algunas cosas que la de Inglaterra.

Insiste también en la necesidad de reformar la organización del personal, a fin de que pueda llamarse a las reservas en el menor plazo posible.

Continúan los desórdenes en la India inglesa cada vez más alarmantes.

Se ha dicho por un despacho de Roma, que Su Santidad se muestra dispuesto a convocar un Concilio, en el que se tratará de la necesidad absoluta del poder temporal.

Cerraremos nuestra Crónica hoy pidiendo a Dios clemencia para los pueblos amenazados por los desastres de una guerra, y dé acierto a los soberanos poderes para regirles en los supremos momentos actuales.

R.

LOS GRABADOS

EXCMO. SR. D. JOSÉ CASADO DEL ALISAL, INSIGNE PINTOR

† el día 14 del corriente.

Cuando aun no frisaba con los cincuenta años de edad, en el apogeo de su talento artístico, ha bajado al sepulcro este célebre pintor, que honraba a España con sus obras.

Casado del Alisal contribuyó al engrandecimiento de la pintura de historia, en que tanto brillaron Gisbert y Rosales.

El año 62 presentó aquel hermoso lienzo de *Los Carvajales*, en cuya obra reveló que quería seguir el movimiento evolucionista emprendido por la brillante juventud artística de aquella época; pero soñador, poeta y romántico por naturaleza, dejó ir a los *realistas* capitaneados por Mariano Fortuny, y se quedó con los idealistas del *natural*. Cuando se creía agotada su inventiva presentó una nueva obra de esplendorosa belleza, y que produjo inmensa sensación en el público y unánime aplauso en la crítica, *La Leyenda del Rey Monje*, punto culminante de la vida artística de Casado, es la producción más acabada de su inspiración suprema, en que se destacan los nobles decapitados, los feroces alanos que olfatean sangre, y la figura siniestra y justiciera del Rey vengador.

Otras obras menores, elegantes y vigorosas, justifican el puesto que ocupaba en el mundo artístico.

El Sr. Casado, satisfecho con su triunfo, y sobre todo con haber demostrado que sabía seguir el paso de la nueva

generación, dimitió la dirección de Bellas Artes en Roma, para cuyo cargo fué elegido en reemplazo del malogrado Rosales, su primer director, y regresó a España, donde continuó cultivando su arte con entusiasmo, y dedicándose también a la enseñanza cual consumado maestro. — R. I. P.

EL ÁNGEL DEL TRABAJO

(Cuadro de Seuler).

Cuéntase en la vida de San Juan de Dios, que cuando este héroe infatigable de la caridad conducía a su hospital de Granada los pobres enfermos de la ciudad, sucedía muchas veces que no sentía el peso que llevaba sobre sus hombros, porque un ángel que le acompañaba, iba levantando la carga para que caminara más aliviado el santo penitente. Este hecho inspiró uno de los más hermosos cuadros de Murillo que enriquecen la iglesia de la Caridad de Sevilla.

Imposible nos es contemplar el cuadro que reproduce nuestro grabado sin que venga a la memoria el hecho de la vida de San Juan de Dios y el cuadro que inspiró a Murillo. En efecto, también aquí es un ángel quien ayuda al pobre leñador a soportar la carga que le abruma, un ángel que alivia la fatiga del infeliz trabajador, como protector inseparable del honrado trabajo y de la santa virtud de la pobreza.

El pintor lo ha titulado con acierto el *Ángel del trabajo*, porque sin reproducir un hecho real como el cuadro de Murillo, viene a representar el hecho universal, digámoslo así, de la ayuda que Dios presta a los pobres que trabajan con resignación para cumplir con sus obligaciones. En el cuadro el ángel ayuda a un leñador, pero en él están simbolizadas tantas escenas diferentes cuantas son las formas en que se emplea el trabajo del hombre. Ora ayuda el ángel del trabajo a levantar el pesado azadón del cavador, ora a llevar la pluma del escritor honrado, aquí a voltear la crujiente rueda de una máquina, allí a manejar el timón de los que gobiernan hombres ó pueblos.

Siempre el hecho es el mismo: la ayuda que el cielo presta a los que cumplen con la sagrada obligación del trabajo.

LA TARDE DE OTOÑO

(Cuadro de F. Bizozowsk).

Poca explicación exige este trabajo: es un cuadro de actualidad. Los árboles comienzan a soltar su ropaje de hojas; los rayos del sol penetran en el fondo de las selvas; el aire frío va marchitando las últimas flores; y los animales, entristecidos por el cuadro de la naturaleza que muere, vuelven codiciosos los ojos a las risueñas tintas del Poniente, donde parecen reflejarse aún los dorados campos de Agosto, cubiertos de ricas mieses. Es un asunto en el que se han ejercitado todos los pintores y todos los poetas: el cuadro, sin embargo, resulta inagotable. Nuevos puntos de vista, nuevos matices del cielo ó de la tierra, nuevas armonías surgen en los pinceles y líras de los artistas inspirados que saben sentir las bellezas de la creación.

A la melancolía de la muerte, se une la esperanza de la resurrección; es verdad que caen secas las hojas, que quedan despojadas las praderas, que desaparecen las flores; pero esta muerte no es más que un paréntesis en la marcha ordenada de la creación; la primavera volverá y con ella se revestirán los árboles de hojas, los prados de hierbas y los jardines de exquisitas flores.

¡Así es la vida del hombre! Pasa, es verdad; caen los blondos cabellos, se arrugan los tersos semblantes, se doblega el erguido cuerpo; pero vendrá la resurrección prometida, y el hombre que la haya merecido logrará la gloria de la transfiguración eterna, que no tendrá otoño, no probará los rigores de la muerte.

EXCMO. SR. D. FEDERICO DE FURSTENBERG, CARDENAL DE LOS SLAVOS Y OLMÜTZ (MORAVIA).

Los católicos slavs se preparan a celebrar con grandes fiestas el Jubileo sacerdotal de su insigne purpurado, el Cardenal Fürstemberg.

Sabido es que León XIII ha demostrado gran amor y celo apostólicos en favor de los slavs, a los cuales dispuso el honor de concederles un capelo en la persona del ilustre Arzobispo de Olmütz. De tan alta honra no había ejemplar en su historia eclesiástica.

El Excmo. Sr. Fürstemberg nació en Viena el 8 de Octubre de 1812, y fué creado Cardenal con el título de San Crisógono el 12 de Mayo de 1879.

Hemos dicho que es Arzobispo de Olmütz, antigua capital de la Moravia, hoy provincia del Imperio de Austria. Cuenta este país con 2.000.000 de habitantes, de los cuales más de millón y medio son slavs y los demás alemanes.

La Moravia recibió el Evangelio de San Cirilo, cuyo milenario se celebró el año pasado. Unida a Bohemia ha seguido su suerte.

Olmütz es población de 20.000 habitantes, y está situada a 65 kilómetros de Brünn la actual capital.

La piedad del pueblo slavo está probada en largas persecuciones de cismáticos y turcos. Ahora parece que comienzan a recoger el fruto de tantas luchas y acerbos trabajos.

DIVERSIONES ANTIGUAS



CUANDO hemos finalizado las tareas a que habitualmente estamos dedicados; cuando el estudio fatiga el espíritu ó el trabajo agota las fuerzas físicas, buscamos

una ocupación frívola que nos proporcione algunos momentos de sosiego, a la par que nos facilite el volver a las faenas con mayor ardor y laboriosidad. La distracción es una exigencia imperiosa de la naturaleza. Por esta razón vemos que todos los pueblos, ora hayan disfrutado de los beneficios de la civilización, ora permanezcan en estado de barbarie, han adoptado desde los tiempos más remotos cierto género de diversiones adecuadas a su situación y estado, que cumplen con esa obligación de la ley natural. El hombre aislado, el que vive lejos de la sociedad, siente esa misma necesidad; y no pudiéndola satisfacer con los espectáculos y demás pasatiempos que aquella proporciona, la suple con el paseo y con la contemplación de las maravillas de la naturaleza.

Si no fuera nuestro único objeto el dar una ligera noticia de las diversiones públicas y privadas que se conocieron antiguamente en esta nación, expondríamos algunas consideraciones filosóficas acerca de su mayor ó menor importancia, de la influencia que pueden ejercer en las costumbres de un pueblo, si pueden producir la civilización ó son capaces de desmoralizar, qué clase de intervención deban tener en ellas los Gobiernos, y otros varios puntos ó temas que son inherentes a esta cuestión cuando se la considera con relación al sistema político.

DIVERSIONES PÚBLICAS.

Los restos de circos que se encuentran todavía en las poblaciones que fueron conventos jurídicos durante la dominación romana, ó que adquirieron importancia por la multitud de habitantes que encerraban dentro de sus muros, nos demuestran que los españoles adoptaron las diversiones peculiares a sus conquistadores, y admitieron los espectáculos y juegos conocidos en Roma.

Los etimologistas latinos hacen derivar la palabra *ludus*, juego, de *luxus*, lujo, suponiendo que no se conoce en las naciones frugales y enemigas del fausto y de la ostentación. Algunos sostienen que proviene del nombre *lidius*, fundándose en que dice Herodoto, que «Ciro hizo que los lidios degenerasen en mujeres con la música, con los vestidos y con la vida muelle... fueron los primeros que inventaron los juegos que hoy se usan en Grecia.» No nos parecen exactas estas etimologías, porque si bien es cierto que la ociosidad hace que esta distracción llegue a convertirse en un vicio, y con la inconstancia consiguiente a la exageración de las pasiones, invente nuevos medios de fomentarle, no lo es menos que varios juegos debieron su origen a los ejercicios que practicaban los que se veían en precisión de salir a campaña. Esta clase de ejercicios eran entonces de la mayor importancia, porque dependiendo el buen éxito de las batallas en su mayor parte de la fuerza física, en atención a que se carecía del invento que la suple, era preciso que se desarrollara de una manera conveniente, y nadie más a propósito que una lucha pública. Los guerreros que en ella tomaban parte, lidiaban con el mismo ardor que si combatieran al enemigo, y si no conseguían más que un triunfo momentáneo, sabían muy bien que era el preludio de una victoria más positiva, y que algún día podrían ceñir sus sienes la corona cívica y la mural, que tanto entusiasmo les infundía. Las fiestas de los dioses se celebraban siempre con juegos que tomaban su nombre de las divinidades a quienes estaban dedicados. Así vemos nombrados algunas veces los juegos saturnales, florales, etc.

En estas diversiones predominaba el baile, que en su principio no fué más que un conjunto de carreras, saltos y posturas que expresaban toscamente las pasiones que agitaban a los que tomaban parte en él. Luégo que se sujetaron a una cadencia, arreglados a movimientos uniformes, siguiendo los compases marcados por la música, se clasificaron los bailes y se les dieron diversos nombres. Tres eran de los que podemos hacer mención: los de paz, los de guerra y los dudosos. Los primeros eran los que se hacían en honor de los dioses ó de los héroes, manifestando por este medio el reconocimiento; en los de guerra se imitaban las posturas de los combatientes; y los últimos eran los de las bacantes y su séquito.

Los romanos tomaron la mayor parte de los bailes de los griegos, y éstos tomaron las primeras lecciones de este ejercicio, según dicen algunos autores, de un flautista llamado Andrón, natural de Catena, en Sicilia, y así lo indica la palabra *bailar*. Otros afirman que se debe a Rea, que les enseñó a sus sacerdotes, así en Frigia como en Creta. Cleofante de Tebas le perfeccionó, y el poeta Esquilo le enriqueció con diversas figuras que introdujo en los coros de sus composiciones.

Además de las fiestas que se hacían en honor de

los dioses, que eran periódicas ó celebradas en tiempo fijo, había otras extraordinarias que tenían lugar cuando triunfaban los generales de los ejércitos, ó cuando los pagaban aquellos patricios que aspiraban al consulado. Las ordinarias ó más frecuentes eran las carreras de carros y caballos en el circo, y la lucha de las fieras, que proporcionó á algunos mártires la dichosa ocasión de enrojecer con su preciosa sangre las cruces de la liza; el ejercicio del dardo, la carrera á pie, el salto, el disco, y por último la lucha de los atletas.

Al principio no se conocía más que la gimnasia militar, que, como hemos indicado, era indispensable en aquella época para poder combatir con alguna ventaja; después siguió la gimnasia que podemos llamar médica, que era la destinada á fortalecer el cuerpo; y hubo algunos pueblos, como los habitantes de la antigua Esparta, tan entusiastas por ella, que hacían que las jóvenes, á quienes hacían olvidar la delgadez de su sexo, se presentasen en la palestra con la misma animosidad que los más vigorosos gimnastas, según nos refiere Ateneo en sus viajes, y por último, la de los atletas.

Para tomar parte en la lucha se untaban el cuerpo con aceite mezclado con cera y polvo, formando una especie de ungüento á que llamaban ceroma. Omitimos al hacer mención de todas las pruebas que necesitaban sufrir para ser admitidos á la lucha, y de que decidían los jueces nombrados al efecto, y la enumeración de las leyes especiales á que tenían que someterse, porque sería muy difuso; pero no podemos menos de hacer una indicación de las recompensas que daban á los vencedores, para que pueda conocerse la importancia que daban á este espectáculo. Se hacía proclamar su nombre por los heraldos, que daban las palmas ó coronas; eran llevados en triunfo y cantadas sus alabanzas por los poetas más famosos; se escribían sus nombres en los archivos públicos; eran mantenidos á expensas del pueblo, concediéndoles varias exenciones y privilegios; y por último, se les levantaban estatuas y dedicaban inscripciones.

Los emperadores que querían tener distraído al pueblo, le proporcionaban continuas diversiones, y dispusieron muchos juegos, y en ellos distribuían las medallas *congiaria*, de las que todavía se conservan algunas en los museos, que constituían una especie de lotería, porque tenía derecho el que lograba coger algunas á recibir un presente.

También conocieron los juegos de pelota, conocidos entonces *Esferística*, que dividían en cuatro clases, á saber: *Follis*, *Trigonalis*, *Pila pagánica* y *Harpastum*. La primera se jugaba con una especie de balón grande, que se despedía con una paleta ó se arrojaba con la mano, y la segunda se denominaba así porque se necesitaba jugarse entre tres. La *Pila pagánica*, ó pelota rústica, se usaba en los gimnasios porque era pequeña, de piel rellena, de pluma sacudida y apretada que la hacía de una dureza extraordinaria; y el *Harpastum*, que era enteramente igual al juego de los griegos, se jugaba entre dos bandos. De estas diferentes clases de *Esferísticas* hace mención el poeta Marcial en sus *Epigramas*, Lib. VII, Epig. LXXI.

Aunque en los autores griegos y romanos no se hace mención de más esferísticas que las designadas, había además el juego de la pelota de vidrio, según aparece de una inscripción muy antigua que se halló en Roma en 1591, en el pontificado de Inocencio IX, y que se puso en una de las paredes del Vaticano. No sabemos de qué manera se jugaba.

Algunas veces en los juegos había concursos de música, en que se disputaban los premios los que tenían los varios instrumentos que entonces se conocían, y tenían que observar varias leyes que no podían contravenir impunemente. No podían sentarse aunque se cansasen, ni limpiarse el rostro, ni escupir, etc. Tácito nos representa al emperador Nerón sometido á estas leyes, y afectando un verdadero temor de violarlas.

Se conocían también los juegos que hoy llamamos de manos ó de prestidigitación, y á los que denominaban los romanos *acclabula*, por los cubiletes de que usan. Esta diversión de que habla Séneca llegó á ser tan apreciada por los romanos, que el pueblo decretó que se levantara una estatua de metal á Ateodoro, que había sido el más famoso jugador de manos que hasta entonces se conoció.

La última clase de diversiones públicas, era la escénica ó del teatro, de cuya historia no nos ocupamos, porque es bien conocida aún á los más profanos en estas materias.

Si no todos, por lo menos la mayor parte de estos juegos se admitieron en España, como lo de-

muestran los vestigios de los edificios que fué preciso construir, algunos juegos que todavía se conservan, como el de la pelota; y algunas palabras técnicas, que ó son las que se usaban en aquel tiempo, ó manifiestan su derivación de una manera muy marcada.

Algunas más dudas se presentan cuando llegamos á la época de la dominación goda, porque no hallamos comprobantes fidedignos. Si atendemos á lo que nos dice D. Juan Sempere y Guaimos en su *Historia del lujo* no debían conocerse entonces más que juegos toscos y groseros, porque el lujo era completamente desconocido para aquellos pueblos tan poco cultos; pero si nos fijamos en la descripción que hace Procopio de la magnificencia que habían introducido los vándalos de la Mauritania, no podemos menos de convenir en que debieron usarse mucha parte de los que dejamos numerados. Dice este autor «que desde que entraron en Africa dispusieron mesas espléndidas, cubriéndolas cada día de lo mejor que produce el terreno; que van vestidos de seda y con ropajes de mucho gusto; pasan el tiempo en los teatros, en las corridas de caballos, en las cazas y toda especie de diversiones; el baile, la comedia, la música, el canto y todo lo que sirve de deleite, les agrada sobremanera; se recrean en los jardines con banquetes magníficos á la sombra de los árboles y al fresco de los arroyos.» Nosotros creemos que habiendo adoptado los godos muchas costumbres peculiares de los romanos, no dejarían de usar de los mismos juegos, siendo así que halla la más fácil acogida todo aquello que nos proporciona algún recreo. Pero también nos parece que no rindiendo culto á las divinidades fabulosas que adoraban los romanos, suprimirían los juegos que se hacían en honor suyo.

Llegando á la época de la Reconquista se varía completamente la escena. Ya no vemos á los atletas con su repugnante desnudez revolcándose en la arena; han desaparecido los gladiadores; ahora sólo vemos caballeros armados de punta en blanco, que á pie ó á caballo, en liza ó en campo abierto se disputaban los premios. El mismo deseo de adiestrarse para conseguir la victoria, la misma necesidad de una buena práctica para obtener un éxito completo en las batallas, que fué origen de la gimnasia militar, es la que ahora da margen á las *justas y torneos, el bofordar, alancear y romper tablados*, ejercicios ya muy conocidos y encomiados hasta el extremo por los romances contemporáneos, que nos enseñan también que eran igualmente practicados por los secarios del Profeta.

Se contaba asimismo en el número de las diversiones de esta época, la caza, que apenas se conocía en tiempo de los romanos, como expresa el erudito Jovellanos. Constituía dos clases diferentes: la de montería y la de cetrería ó volatería, verificándose esta última con los halcones y azores, y se dedicaban á ella con bastante ardor los principales magnates y hasta los reyes.

La invención de la pólvora hizo inútil la mayor parte de los ejercicios indicados. Desaparecieron los torneos, porque la fuerza física no era ya tan necesaria en los combates como cuando consistía en ella el fundamento principal de la victoria. Después de esta época quedaron sólo los bailes populares, en los que todavía encontramos reminiscencias de los romanos, porque vemos en ellos el baile guerrero, representado en la danza de espadas, tan usada. Para cada uno de ellos había su canción adecuada, que daba el nombre al baile, y por eso se hace mención de *La Gallarda*, *Los Gelves*, *El Caballero*, *El Villano* y el del *rey Perico*.

Vino por último la comedia, y desde entonces cambió completamente la faz de las diversiones. Es tan popular la historia del teatro, son tan conocidos los nombres de Rodrigo Cota y Naharro, que sería temeridad aun apuntar el origen de las comedias, cuando tan eruditamente le han diseñado Moratín, Martínez de la Rosa y otros.

Resta sólo en cuanto á las diversiones públicas que hablemos de las corridas de toros, tan populares entre nosotros, peculiares de España, y que gozan de tanta antigüedad. En los romances primitivos nos dicen que el Cid y otros caballeros famosos por sus hechos de armas lancearon también toros; pero en ninguno de ellos se designa el origen de esta función. Loperráez hace mención de una lápida que se descubrió en los cimientos de la antigua muralla de Clunia, sacando piedra de ellos en el año de 1774 para una obra de la iglesia de Peñalba, en la que se representa un toro en el acto de acometer y enfrente de él un hombre que le espera á pie

firme con un estoque ó espada, y en la parte superior hay una inscripción celtibérica, y parece que este relieve hace alusión á las corridas de toros. El padre Licinio Sáez juzga en vista de esta lápida que antes de que los romanos se enseñoreasen de España ya se sabía el arte de matar toros; algunos autores atribuyen la invención de este espectáculo á los africanos ó á los árabes. Para festejar á los príncipes extranjeros se acostumbraba á matar toros, según claramente se demuestra en varias cédulas que se conservan en el archivo de comptos de Navarra, y también se ofrecía este espectáculo por voto, como hizo la villa de Roa, que prometía matar cuatro toros en 1394, con motivo de la peste.

DIVERSIONES PRIVADAS.

Desde muy antiguo debieron conocerse las tertulias, porque vemos que Séneca nos hace una pintura del método de vida que tenían muchos de sus contemporáneos, y en nada se diferencia al que varios observan en el día, y que se cree comúnmente es pura imitación francesa. Dice aquel filósofo: «Así también viven hoy muchos hombres. Llega el tiempo de amanecer, y entonces se van á dormir; viene la noche, entonces se levantan, comen y se divierten. Está para venir la aurora, entonces cenan.» Es probable que esta diversión de que habla no fuera otra cosa que la reunión de varias personas con objeto de conversar ó entretenerse en el juego, como ahora se acostumbra, porque las diversiones públicas nunca se verifican á aquellas horas.

El juego de ajedrez se remonta también á la mayor antigüedad, pues según dicen tuvo principio hacia el año 1635 de la creación del mundo, en que Xerjes le inventó para enfrenar por este medio la crueldad de cierto príncipe tirano, enseñándole que la majestad sin fuerza ni ayuda vale poco. Esta invención dió lugar á otra más sencilla, que fué la del juego de damas, denominado así por los etimologistas porque puede jugarse con la ligereza de una dama. De uno y otro hallamos mención en los documentos antiguos bajo los nombres de *escaques* y *tablas*, y creemos que también se refiera á este último el que denominaban *alquerque*, según la explicación que del modo de jugarle hace Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*, aunque el padre Guadix dice que este nombre es árabe.

También se conocieron los dados, que se puede decir datan desde los tiempos más remotos.

Después de estos juegos se inventaron otros varios, algunos de los cuales todavía se conservan, hasta que por último, á fines del siglo XIV, queriendo un francés divertir á su rey Carlos IV, ideó el juego de naipes, llamados así porque los primeros tenían una N y una P, que era la cifra del inventor, Nicolás Pepin. Tamarico y el Brocense sostienen que este nombre es árabe; tal vez puedan conciliarse los dos extremos. No sería extraño que los naipes sean invención de los árabes, porque los que usan los franceses son enteramente diferentes á los que conocemos aquí, y pueden muy bien ser dos invenciones distintas, pudiendo afirmarse tanto más cuanto que se halla mención de ellos casi en el mismo tiempo que en Francia.

La legislación relativa á juegos ha sufrido mil alternativas, pues ya vemos que se permiten algunos, ya encontramos que hay prohibición absoluta. En 1276 dió D. Alfonso el Sabio el célebre Ordenamiento de *Tafurerías*, que dictaba las reglas que habían de observarse en los juegos, cuáles se habían de vedar y penas con que se había de castigar todo género de exceso en esta materia. Posteriormente debieron haber causado bastantes daños, porque en las Cortes de Alcalá de 1329 se pidió la prohibición total de dados y naipes, que tal vez no surtió efecto, porque se volvió á repetir en las de Briviesca de 1387, en las de Toledo de 1436 y en otras varias de las posteriores. En estos intermedios de inobservancia de las leyes prohibitivas, parece que llegó á autorizarse la costumbre de que no se juzgara sino en determinados sitios, pagando por ello cierto premio ó estipendio, con lo que llegó á constituirse una renta anual, que se arrendaba excepto en algunas villas y lugares que eran de su propiedad, mediante donación ó merced del Rey. Esto se deduce de la petición 24.^a de las Cortes de Zamora de 1432. Después de las prohibiciones absolutas, vinieron las relativas, es decir, se permitió sólo cierta clase de juegos, y se fijó la cantidad que había de mediar en la apuesta, y al arriendo de los tableros ó facultad de permitir el juego sucedió el estanco de los naipes, que debió tener lugar ha-

1 Anales, lib. XVI.
2 Epistola XLV, lib. VI.
3 Ateneo, lib. I, cap. XV.

1 Tomo I, pag. 1.^a, cap. IV.
2 De bello Persico et vandálico, lib. IV.
3 Memoria de la Academia, tomo V.
4 Hist. de Oema, tom. III, pag. 328.

1 Monedas de Enrique III, pag. 304.
2 Epist. 122.

cía 1636, cuando se redujeron á este estado varios efectos y géneros.

Ahora no conocemos más que una clase de naipes; pero antes debía haber varios, que tomarían el nombre del juego á que estaban destinados; así debe juzgarse al leer la real resolución de 1.º de Diciembre de 1794, en que se fijan los precios de cada baraja, y se hace mención del *revesino*, *casca-rela é infante*, *tresillo*, *dos cabezas*, *damas* y *cacería*. Hemos omitido la enumeración de algunos juegos porque no era posible hacer mención de todos sin exceder los límites de un artículo, y también porque nuestro principal objeto ha sido dar una idea general de las diversiones, sin descender á una especificación demasiado numerosa que pudiera molestar á nuestros lectores.

J. F. LL.

GOUNOD Y SU HIMNO Á SAN AGUSTÍN

OR casualidad ha llegado á nuestras manos esta obra del más insigne de los compositores modernos. La compuso el autor expresamente para la consagración de la Basílica de San Agustín, con que honró la iglesia de Hipona la memoria de su Padre y Pastor. Con un gusto que honra á los músicos catalanes, se ha cantado en Barcelona, en la iglesia de San Agustín, con gran solemnidad y edificación de los oyentes. Y merced á esta circunstancia, y más especialmente á la generosidad de un bondadoso caballero, á quien damos las más cordiales gracias, hemos podido gozar de los aromas de armonía cristiana que respira la obra.

El autor del *Fausto* y *Romeo y Julieta* ha sobresalido en todos los géneros de música, y en todos ha dejado modelos que imitar, obras de interés, profundidad é inspiración. Pero prevalece en él, sin duda, el sentimiento religioso, á que constantemente le han inclinado (dice M. Pougin) sus tendencias místicas y su ardor juvenil. Se le ha achacado por algunos la falta de expresión dramática en sus óperas, achaque fingido y sin fundamento para otros críticos distinguidos. Extraño yo por mi estado y condición á todo espectáculo teatral, y no pudiendo juzgar más que por transcripciones más ó menos exactas de sus óperas, me parecía mejor, aun viniendo al caso, dejar el campo libre á otros más entendidos y que puedan hablar con más fundamento según sus impresiones; pero hay que convencerse de que siendo punto menos que imposible al hombre ser universal con eminencia, los genios tienen que serlo en una cosa determinada. Sería gran locura exigir gracias y chistes habituales á quien lleva el pecho lacerado por mil infortunios que le traen siempre pensativo y reconcentrado: pues lo mismo, en su manera, del compositor en quien dominan ciertos afectos, tales sentimientos, no se debe esperar igual espontaneidad, la misma inspiración y acierto cuando intente expresar otros afectos, otros sentimientos; porque entonces, en vez de buscar su inspiración en la atmósfera en que vive y alienta, y en el sagrado fuego que le nutre, pedirá á la razón los recursos necesarios para expresar lo que no existe, y así saldrán las composiciones calculadas y frías, sin el *quid divinum* que cantó el poeta. Se dirá que lo contrario es amaneramiento y genialidad; pero lo cierto es que nadie achaca este defecto á Selgas por cantar siempre las flores, ó á Núñez de Arce por ser el *cantor de la duda*. Dichoso amaneramiento si en tal incurre Chopin al no hallar sino frases melancólicas, y Gounod por ser, como algunos quieren, compositor elegíaco.

Gounod nació para el género religioso: bien conocidas son sus tendencias religiosas para que nos detengamos en reseñar rasgo ninguno de su vida. Él ha fomentado después sus inclinaciones en Roma y fuera de Roma, haciendo estudios profundos en ese ramo, y á la vista está de todos el catálogo de sus obras, en que domina el elemento religioso en cuanto al número é importancia. Y no está su principal mérito en ser compositor religioso, sino en saber expresar con frases genuinas el verdadero fervor, trasladar en espíritu á las gentes superficiales de ahora á los tiempos primitivos del cristianismo, cuyos varoniles acentos parece que rebosan la fe franca y sincera de los mártires.

Por eso los *Oratorios* de Gounod (y no juzgamos más que por alguno que otro fragmento transcrito para piano) tienen para el verdadero creyente no sé qué santa unción y encanto indefinible, y hasta elocuencia persuasiva, que le confirman en sus creencias.

Pues estas condiciones se hallan en grado emi-

nentísimo en el himno de S. Agustín; es su sabor más arcaico, si se quiere, y más acomodado al intento de Gounod, que seguramente no fué otro sino recordar al pueblo de Hipona sus tiempos más felices. Es varonil sin rudeza, y sentimental sin afectación ni decaimiento; sus frases están bien prosodiadas, sus cadencias vigorosas, sus acentos bien marcados y el lento giro de toda la composición le dan un aire de grandeza y reposada gravedad que á la vez suspende, conmueve y deleita. No tiene el artificio y alíño de la música armónica de los siglos XIV y XV y parte del XVI, en que todo lo invadía el afán de parecer diestro combinador de sonidos, sino la sencilla elegancia y espontaneidad del canto ambrosiano y el vigor de la música de los siglos XII y XIII, encarnación del espíritu de los cruzados. Y todo esto se halla en el Himno á San Agustín realzado con las galas de la armonía más propia, majestuosa y grandilocuente.

Al principio del coro, como la letra es suplicante, la frase melódica se desliza también en perfecta conformidad, tranquila y apacible. Pero á medida que va siguiendo, y según el sentido de la letra, prorrumpen en arranques propios del que gime entre peligros, pero que al mismo tiempo pide con confianza, llegando al colmo de la expresión en las palabras:

Vois un peuple fidele
Vois un peuple fidele entourer ta bannière.
C'est ton Eglise qui renait!

Prueba patente es también de la propiedad y buena disposición de los sonidos, que la traducción castellana, bastante servil por cierto, y no muy digna de la música, languidece el efecto, sobre todo de la estrofa, porque con frecuencia no corresponden los acentos de las palabras con los musicales, y otras veces sigue una misma frase gramatical después de una cadencia musical perfecta, en que queda completo el sentido. Seré, sin embargo, justo con el traductor; comprendo la gravísima dificultad, la imposibilidad, mejor dicho, de salvar estos inconvenientes. Es muy difícil ya escribir para música; eslo mucho más para música compuesta, y compuesta por Gounod, y esto doblemente traduciendo versos de otra lengua, á la cual está acomodada la música.

Tal cual ha venido á nuestras manos, este himno consta de coro y una estrofa; mas como la letra es bastante larga, tal vez la acompañe alguna otra estrofa en la partitura original.

La letra francesa es del Abate Ribollet y consta de coro con cinco largas estrofas. Más que la ternura, palpita en ella el entusiasmo, y tiene arranques de ardiente inspiración. Para muestra ofrecemos estos versos, entresacados de algunas estrofas:

Non! dans une mort éternelle
Hippone ne pouvait dormir!
Foyer de lumière et de vie
Sur qui le monde avait les yeux,
Lorsque l'éclair de ton génie
Du passé sillonnait les cieux!
Là, sous ta brûlante parole
La foi se sentit rajeunir,
Là, se mourait l'erreur frivole
Du présent et de l'avenir!
Fais que la terre où tant de gloire
Dort sous la cendre du passé,
Sache prier, aimer et croire
Et bannir le doute glacé!

Para terminar daremos un dato muy importante. El himno citado se ha impreso con la siguiente portada:

HYMNE Á ST. AGUSTIN

CHAEUR Á L'UNISSON, AVEC ACOMPAGNEMENT
DE GRAND ORGUE, COMPOSÉ POUR LA
CONSÉCRATION DE LA BASILIQUE DE
SAINT AGUSTIN Á HIPPONE.
POÉSIE DE M. L'ABBÉ RIBOLLET
MISE EN MUSIQUE PAR M. CHARLES GOUNOD.

Henry Lemoine,
éditeur, 17, rue Pigalle, Paris.

Dedicamos al autor del himno estas líneas para ofrecerle el tributo de nuestra admiración y agradecimiento. Lo que deseamos con todas veras es que se haga popular, especialmente entre los religiosos de ambos sexos hijos de San Agustín; que en los coros de nuestros conventos resuenen sus acentos conmovedores, pues tal debe ser el destino de este género de música, por ser canto unísono para muchas voces á imitación de lo antiguo.

FR. EUSTOQUIO DE URIARTE.

El Escorial.

RECUERDOS

DE SANTA MARIA DE VERUELA

I

PRIMERAS IMPRESIONES.



A barbarie moderna, que ha destruido tantos y tan maravillosos edificios cristianos, hase detenido bajo los muros de este imponente monasterio, respetando sus viejos torreones y sus solitarios aposentos, ennoblecidos por la piedad de siete siglos y consagrados por la virtud y ciencia de los hijos de San Bernardo. Gracias á esta circunstancia, ha podido resucitar hoy el monasterio de Veruela á la vida cristiana, poblándose de varones esclarecidos por su ilustración y sus virtudes después de treinta y dos años de desamparo, en que han sucumbido tantos otros entre las garras de la impiedad y de la codicia insaciables.

Cobijado por la sombra augusta del Moncayo, como nido de águilas bajo las rocas altísimas; cercado de pueblecitos humildes, que parecen nacidos al calor de la caridad monástica; ceñido por alta muralla con cubos de resistencia, á manera de duro cilicio con que se defiende la virtud de los asaltos de las tentaciones; alto y severo como la imagen de la Edad Media, el monasterio de Veruela es, á mi juicio, uno de los más bellos de España, espejo claro en que se refleja la historia de nuestros siglos cristianos, monumento insigne de la Religión y del arte, salvado por milagro de la espantosa borrasca que ha sumergido en mar de ruinas la rica herencia de nuestros padres.

Esta es la primera impresión que recibí al pisar sus claustros y celdas, donde me creí transportado en cuerpo y alma á los días de la Edad Media. Las circunstancias de mi llegada al monasterio favorecieron esta ilusión deleitable.

En compañía de mi buen amigo el docto P. Mir y del ilustrado y cariñoso sacerdote D. Luis Carrión, doctoral de Tarazona, salimos de esta ciudad una tarde de Julio en el coche de Borja, que pasa á cuatro kilómetros del monasterio, por una de las cimas del valle de Veruela. La tarde era hermosa, pero cálida; tanto, que al apearnos del coche nos vimos obligados á buscar la sombra de unos árboles para defendernos de los ardientes rayos del sol. Esta parada, sobre la alfombra de un prado, á la orilla de un arroyo, dando vista á todo el valle y al monasterio, envuelto en la calina de la tarde, fué la mejor preparación que podíamos tener para gozar luego de nuestra entrada en el convento.

El valle de Veruela forma un plano de bastante extensión, cerrado al SO. por el grandioso Moncayo, al E. por una larga colina que se extiende hasta la llanada de Ciezma, límite por el N. del valle, al cual riega un abundante riachuelo, nacido poco más arriba de los muros del monasterio. De N. á S. tendrá el valle dos leguas, y visto desde la falda de la colina por donde nosotros bajamos, parecía á las cuatro de la tarde un cuadro vivo de Claudio de Lorena. La planicie del valle, alfombrada por los amarillos rastros, contrastaba con las verdes márgenes del río, sombreadas de chopos altos y delgados, que las brisas de la sierra suavemente balanceaban. A su vez, este conjunto de la llanura, animado por la población de Vera, situada en medio, contrastaba con la adusta fisonomía del altísimo Moncayo, coronado de nubes grises y arremolinadas, como un volcán próximo á estallar en torrentes de fuego. Allí, á lo lejos, como figura principal del cuadro, destacábanse los muros del monasterio, cuyos vidrios flameaban el resplandor del sol á través de la neblina de la atmósfera y de la oscuridad de las viejas paredes. La calma y el silencio del valle, la majestuosa sombra del Moncayo, la lejana perspectiva del monasterio con sus torreones, sus cruces, sus chimeneas humeantes, teníanos de tal modo encantados, que sin sentir el paso de las horas, nos dejamos sorprender por las del crepúsculo, á cuya escasa luz penetramos en el recinto del monasterio.

Una hermosa calle de árboles conduce á la primera puerta del convento, esto es, á la *Porta mayor abbatiae*, como se diría antiguamente. Cuando pasamos por debajo de la bóveda de verdura que forman los altos chopos, inclinados hacia el camino como ordenada fila de criados que salen á recibir al huésped y le saludan con respeto bajando la cabeza, el sol se había puesto, ó mejor, se había hundido en el Moncayo, dando la opacidad del crepúsculo un tinte de profunda melancolía al cuadro del monasterio, ya de suyo severo y triste por el color de sus muros y la majestad imponente de sus puertas.

Al ver la primera abierta en el grueso de un torreón y defendida por dos cubos coronado de almenas, nadie diría que no es aquel poderoso edificio un castillo de la Edad Media, habitado por guerreros, morada de algún caudillo famoso, construida para descanso de los combates, para arsenal de sus mesnadas y tal vez para lugar de su sepulcro. No se necesita mucha imaginación para ver á la escasa luz del crepúsculo discurrir los centinelas por los altos adarves, oír la voz de alerta repetida por el eco de las arcadas ojivales, y sentir hervir en el pecho el entusiasmo guerrero de aquellos nobles caballeros, consagrados á la defensa de la Religión, que es madre de la patria.

Y sin embargo, aquellos muros y torreones, aquel aparato de fortificación y de guerra, levantábanse para cobijar á humildes y pacíficos monjes, dedicados á la oración y al estudio, sin otra ambición que la de conquistar el reino del cielo y abrir sus puertas á los hijos del mundo, trabajados por sus pasiones. No fué la necesidad de defenderse contra las asechanzas de los infieles quien levantó estos muros; no fué la Edad Media, revuelta y batalladora, la que rodeó de murallas y de cubos este retiro de la piedad y de la penitencia: nada de eso; corría el año de 1544, cuando el Abad D. Lope Marco ejecutó esta obra, cercando el monasterio con la muralla que hoy mismo le rodea y le comunica con el campo.

Ya no había moros en España; los castillos de la Reconquista estaban aportillados; las férreas armaduras colgaban, cubiertas de polvo, de las paredes de los palacios; y sin embargo, el sabio y piadoso Abad de Veruela daba á la cerca del monasterio la forma militar que hoy tiene, cubriendo de almenas la muralla, interrumpida de trecho en trecho por cubos de resistencia. ¿Cómo explicar este fenómeno de la arquitectura monástica? ¿Puede suponerse que fuera capricho del Abad Marco, uno de los hombres más graves y prudentes que tuvo Aragón en su tiempo, consejero y amigo íntimo del infante D. Fernando, Arzobispo y virrey de Zaragoza? De ninguna manera; fué un tributo pagado á la tradición artística de los arquitectos monacales, los que inspirados en las reglas de los fundadores y en el espíritu del Evangelio, poblaron de símbolos las iglesias y monasterios, para hacerlos páginas elocuentes de la vida cristiana. Es preciso convencerse de que el verdadero arte cristiano no desdeñó poner su sello en las menores circunstancias de sus obras y de sus monumentos, y desde la imperceptible marca lapidaria, hasta el plan y distribución de sus edificios; todo, absolutamente todo, tiene su valor simbólico, constituyendo un misterioso lenguaje que sabía leer la Edad Media, y que nosotros hemos olvidado.

Mirada á esta luz la muralla y las fortificaciones de Veruela, ¿qué duda ofrece su valor y su significado? Las Santas Escrituras están llenas de este simbolismo que el arte cristiano ha reproducido en

sus monumentos. ¿Quién no recuerda los atributos de la Ciudad Santa que el profeta del Apocalipsis vió descender del cielo á la tierra para morada de los justos? Rodeada de murallas, coronada de torres, defendida por ángeles, morada dichosa de alegría y de paz en cuyo recinto alumbra la claridad de Dios, sin que puedan penetrar en ella la abominación y la mentira. ¿Quién me guiará, decía el Rey David, á la ciudad fortificada? Y el profeta Isaías, como prediciendo los últimos destinos de estas casas de oración, había dicho: «Y los hijos de los extraños edificarán tus muros, y los reyes de ellos

luz, con otras dependencias de la administración temporal de los monjes. Enfrente se alza la fachada de la iglesia, sencilla y grave como el sayal de un monje, ostentando en la solidez de sus masas y la oscuridad de sus sillares cierto carácter militar, cual si fuese página viva de la regla de San Bernardo.

Dejando la iglesia á la izquierda, entramos por un arco en un segundo patio, tal vez en el *area major* ó *communis*, siguiendo el plan de los antiguos monasterios, ordenados por reglas comunes: establecidas y aceptadas por las congregaciones generales. En este patio interior se abre la puerta del claustro monacal, al que se llega por largo corredor, dispuesto en rampa, para bajar al piso de las galerías inferiores, donde nosotros entramos con las primeras sombras de la noche.

El claustro bajo de Veruela es hermoso; pero visto á la luz de las estrellas, cuando los rasgos de su fisonomía se ocultan en las tinieblas, dejando sólo percibir el conjunto, participa de ese carácter misterioso y lúgubre que las antiguas criptas bizantinas guardan en el silencio y soledad de sus sepulcros. Y en efecto, es bien sabido que las galerías de los antiguos claustros monacales servían de enterramiento á los monjes y caballeros ilustres, los cuales formaban allí una especie de comunidad fúnebre, sometidos á la estrechísima regla de la muerte. No es por lo tanto maravilla que el claustro de Veruela me pareciese en estos momentos magnífico panteón, colgado de tapices negros, y que la sala Capitular, adonde nos llevaron á descansar, me hiciese el efecto de una verdadera cripta bizantina, tan oscuro y tan imponente como las *cubiculas* de las Catacumbas.

Mis ojos se afanaban por penetrar á través de las sombras para reconocer aquellos monumentos de la Edad Media; y aquí me parecía ver los haces de columnas de la arquitectura gótica, allí la severa y desnuda archivolta románica; vislumbraba claramente los trepados de las ojivas, por entre las cuales penetraba la escasa luz del cielo, y en las formas pesadas y adustas de la sala capitular creía sorprender la clave de su historia.

Mis doctos compañeros gozábanse como

yo en descifrar aquellos misterios petrificados, cuya importancia aumentaban las tinieblas que los envolvían. Las cuales comenzaron á disiparse al resplandor de una luz, que vimos avanzar por la galería y llegar hasta nosotros en manos de un hermano coadjutor. Iluminada, aunque débilmente la estancia, pudimos ya ver sus cilíndricas columnas, coronadas de capiteles bizantinos, su bóveda baja y maciza cruzada por gruesos nervios, su portada de cinco arcos, con gallardas archivoltas románicas, y sobre todo, sus dos sepulcros de piedra, sencillos y severos como el pensamiento de la muerte.

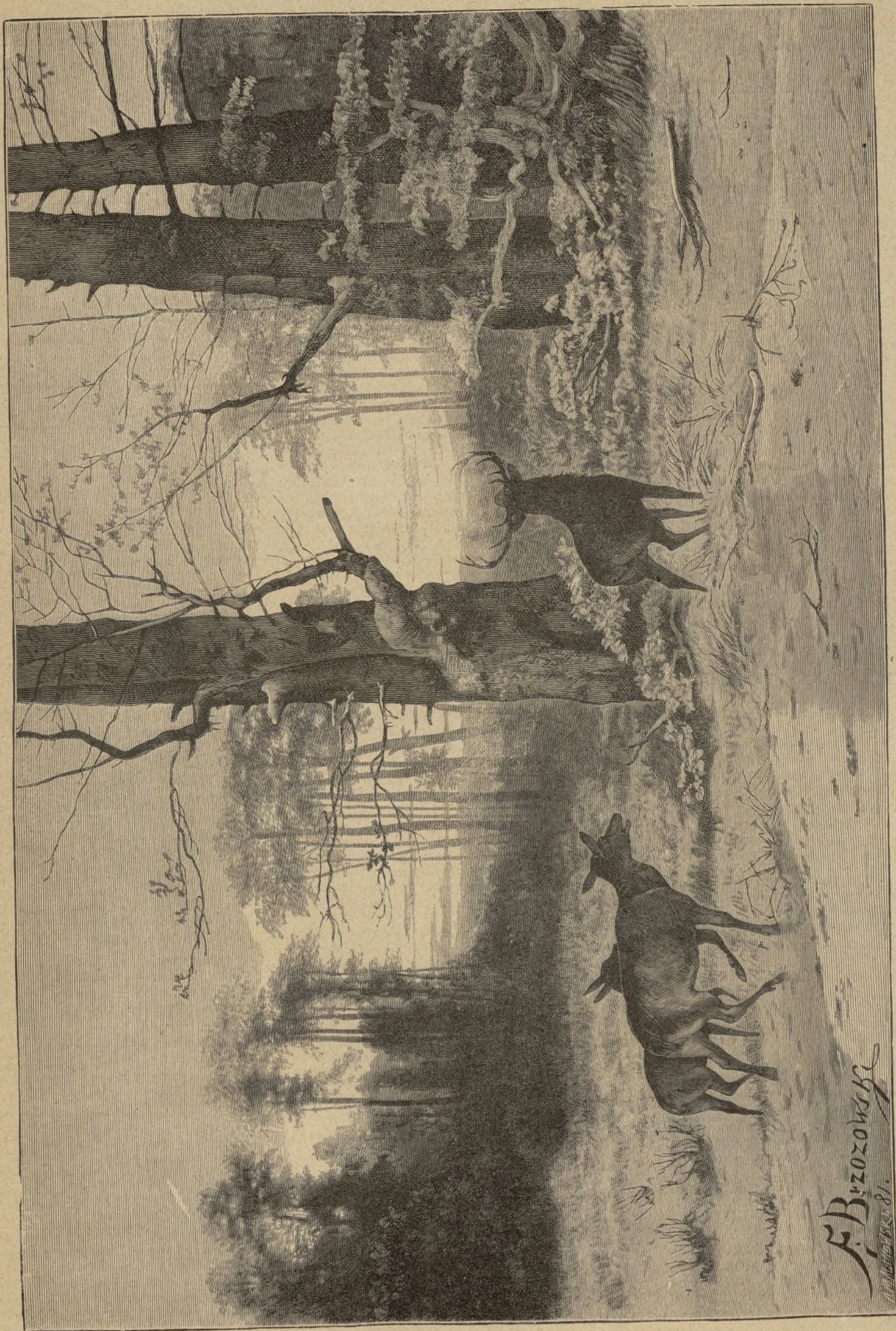
Uno de los padres de la casa vino á saludarnos y nos condujo al piso superior, donde se nos tenía destinado el aposento. Al recorrer las galerías de aquel vasto edificio fuimos encontrando á varios



EL ÁNGEL DEL TRABAJO. — (Cuadro de Seuler)

te servirán: porque en mi enojo te herí; mas en mi reconciliación tuve misericordia de ti. Y vendrán á ti encorvados los hijos de aquellos que te abatieron, y adorarán las huellas de tus pies todos los que te desacreditaban. No se oirá más hablar de iniquidad en tu tierra, ni habrá estrago ni quebrantamiento en tus términos, y ocupará la salud tus muros y tus puertas la alabanza.»

Dominados por estas ideas penetramos en el primer patio del convento, en el *Atrium ecclesiae*, usando el antiguo lenguaje monacal. Este patio es muy extenso: á la derecha se alza la casa del Abad, *domus abbatis*; á la izquierda hay actualmente un huerto, pero en lo antiguo, á juzgar por las ruinas que todavía existen, debieran estar allí las habitaciones de los criados del monasterio, *cellae officia-*



UNA TARDE DE OTOÑO. — (Cuadro de F. Bizozowski.)

Padres, que nos saludaron cariñosamente, y ya en la celda, recibimos la visita del Padre superior, dulce y amable como buen jesuita.

Resumiendo mis primeras impresiones al entrar en Veruela, diré que el monasterio me pareció admirable por sus monumentos artísticos, y tan dulce y grata la *compañía* de sus moradores, como puede serlo la *Compañía de Jesús*.

M. PÉREZ VILLAMIL.

LA VIDA DEL CAMPO

(IMITACIÓN DE POPE.)

Feliz el hombre que afanoso labra
De tierno padre la preciada herencia,
Y alegre aspira del nativo suelo
El puro ambiente.

Libre del yugo de ambición mezquina,
De envidia ajeno y de salud colmado,
Halla en el campo de inocencia asilo,
Paz y ventura.

Allí tendido en la vecina loma,
Ve sus rebaños en la selva umbría;
La mansa oveja y las ligeras cabras,
Ricas de leche.

Tiende su vista á la feraz llanura,
Y ve que á impulso de la brisa ondean,
Las ricas mieses de dorada espiga,
En mansas ondas.

En verde soto y en pensil ameno
Pasa las horas del ardiente estío;
Y atento escucha de canoras aves
Las melodías.

¡Alma sencilla que al nacer la aurora
Eleva al cielo su filial plegaria!
Nunca importunos ni el dolor ni llanto
Su dicha turben.

¡Feliz el hombre que del patrio suelo
El aire puro y aromoso aspira!
¡Campos alegres que ofrecéis al alma
Paz y ventura!

Aquí, á la sombra, en el florido césped,
Y á las orillas de argentado río,
Viva yo alegre sin oír los ecos
Vanos del mundo.

Aquí dormido en silenciosa tumba
En paz repose, sin mundana pompa,
Ni en oro y mármol, ni aun en leve polvo
Graben mi nombre.

Flores tan sólo de sencillo cáliz
Brote la tierra, y al viajero digan
Que allí algún día nacerá más bella
Una flor virgen.

De paz el Ángel mi sepulcro vele,
Y al fiel amigo que verá en mi tumba,
Mira, le diga, señalando al cielo:
Esa es su patria.

FR. ANTOÍN FRÍAS Y RAMOS.

La Vid.

LA PASTORAL DE NUESTRO PRELADO



El *Boletín Eclesiástico* de la Diócesis de Madrid-Alcalá contiene la Pastoral que, con fecha 10 de Octubre, dirige el nuevo sapientísimo Prelado al Deán y Cabildo de la santa Iglesia Catedral, á los señores Arciprestes, Curas Párrocos, Sacerdotes, religiosos y demás hijos predilectos de la Diócesis.

La notable y magnífica Pastoral de nuestro sabio Prelado versa sobre la virtud teologal de la fe en cuanto ésta es la norma de toda la vida y conducta del cristiano, y es una condición necesaria para que el hombre alcance su último fin.

Aunque al juicio humano no cabe otra cosa ante las enseñanzas de la Iglesia que el acatamiento más completo, seanó lícito, sin embargo, á la par que significamos nuestra humilde é inquebrantable adhesión á nuestro Prelado, admirar los profundos conceptos teológicos, filosóficos y sociales encerrados en dicha Carta Pastoral, su lenguaje sencillo y elegante, y la brillante erudición que en ella se mueve y palpita, subordinada á la más severa y racional crítica.

No era desconocido ni extraño á los fieles de Madrid el Prelado que, por la gracia de Dios y dispo-

sición de la Santa Sede, rige nuestra Diócesis. Como Obispo auxiliar de Madrid ha estado el Sr. Sancha casi cerca de siete años tomando parte en las amarguras y alegrías de sus hijos y elevando plegarias al cielo con ellos en el templo, cual indica en la Pastoral de que nos ocupamos.

Antes de entrar de lleno el Ilmo. Sr. Sancha en el tema de la fe, consagra un recuerdo de justicia y de alabanza á su ilustre predecesor, reconociendo su inmenso talento, sus renombradas virtudes, el esplendor de su celo apostólico y la corona de martirio que ciñó su pontificado, regando con su sangre y sellando con su muerte el cumplimiento estrecho de sus sagrados deberes, atropellados violentamente por el sangriento revólver del más malvado de los asesinos.

Pasa después nuestro Prelado á poner delante de los ojos de sus fieles el Santo Evangelio, carta fundamental del catolicismo, escrita lo mismo para los pobres que para los ricos, para los sabios que para los ignorantes; libro sublime y divino, como dice el Sr. Sancha, que contiene todos los deberes y preceptos del hombre, cualquiera sea su estado, condición, sexo ó jerarquía.

El Ilmo. Sr. Obispo manifiesta después que los deberes de su pontificado están resumidos en las siguientes palabras del Apóstol: «Vigila, trabaja en todas las cosas, ejerce las funciones de evangelista y llena tu ministerio.» Comentando este pasaje el Sr. Sancha, dice que vigilará ante todo y sobre todo su propia persona, porque el que dirige está obligado á dar ejemplo.

Demuestra luego el sabio Prelado la necesidad que tenemos de tomar á la fe como norma de nuestra vida y de ajustar nuestras obras á sus saludables preceptos, porque en el plan divino de la Redención entra que la salvación de los hombres no sea debida ni á las luces de la razón, ni á los ideales de la ciencia, ni á los progresos de las letras y de las artes, sino solamente á la fe.

Cita las palabras del Apóstol: «Los más justificados por la fe, creemos que por la fe adquiere el hombre la justicia, y se hace agradable á Dios, y afirmamos que la verdadera virtud y la santidad que tiene mérito delante de Dios, toman su origen en la fe... Confundiré la ciencia de los sabios y reprobaré la prudencia y fuerza de sus razones. ¿Dónde se hallan hombres sabios, dónde escritores, dónde los escudriñadores de este siglo? ¿No repartió Dios por los sacerdotes la sabiduría de este mundo? Por lo mismo que el mundo con su pretendida ciencia no conoció la infinita sabiduría del verdadero Dios, determinó el mismo Dios, para humillar y confundir á los hombres, salvarlos por un medio que les pareciera una locura, cual es la locura de la perdición, de modo que en el actual orden de cosas sólo se salven los creyentes.»

La fe es por consiguiente el origen y el fundamento de vuestra justificación, y es un don divino, sobrenatural y gratuito como lo enseña San Pablo en su Carta á los fieles de Galacia: «Vosotros — les dice — os halláis en estado de salvaros por medio de la fe que os ha sido dada gratuitamente y no por vuestros merecimientos, porque ella es un don de Dios.»

El Prelado demuestra con razones incontrovertibles la necesidad de la fe para el católico y para la salvación de los hombres. En la Pastoral se prueba que el plan sabio y divino de la Redención así lo exige; y que la fe en lo sobrenatural es una necesidad esencial del ser racional, y que por consiguiente son absurdos el escepticismo y la incredulidad, y que la fe, aun en el orden natural, es necesaria para el decisivo desenvolvimiento intelectual y moral de la humanidad.

EN LA MUERTE DE MI MADRE.

¡Ay de mí! no es ilusión
De mi mente acalorada:
¡Murió la prenda adorada
De mi triste corazón!

Cuando aun reciente lleva
Brotando sangre la herida,
Otra vez recrudescida
La muerte me la renueva.

Ayer... la hermana amorosa;
Flor que al salir de la infancia,
Trocó su rica fragancia
Por el hedor de la fosa.

Hoy... con lúgubres terrores
Vienen á turbar mi calma
Y me desgarran el alma
Más implacables dolores.

¡Oh congojosa partida!
¡Oh fieras é íntimas luchas!
¿Es verdad que no me escuchas,
Dulce madre de mi vida...?

¿Que fueron á sepultarse
En la tumba tus despojos;
Que tus ojos y mis ojos
No han de volver á encontrarse...?

¡Madre mía! ¿dónde escondes
Tu faz que mi amor inflama...?
Es tu hijo quien te llama...
Te llama ¿y no le respondes?

¡Sombra que llevo en mi mente!
¡Sombra que en sueños evoco!
¡Sombra que finjo ó que toco,
No sé si cuerdo ó demente...!

¿Eres de vano delirio
La incoherente ficción,
Que ofuscando la razón
Viene á aumentar mi martirio?

¿O eres la aciaga verdad
Cual siempre triste y austera,
Do se retrata severa
La espantosa realidad...?

Cual dentro de un mar, me pierdo
Entre las vagas memorias
De ya pasadas historias
A que hoy da vida el recuerdo.

Aquel celeste cariño
Con que *ella* me sonreía
Cuando despuntar veía
Mis ilusiones de niño;

Aquel blando acariciar,
Con que, si á Dios suplicaba,
A hacerlo me acostumbraba
Con ella al pie del altar;

Sus palabras indecisas
Como su amor entrañables,
Sus consuelos inefables
Y sus plácidas sonrisas,

Y el maternal arrebató,
Y los ósculos ardientes
Que en mis labios inocentes
Dejaban sabor tan grato...

Todo pasó; el tiempo aquel
Y sus dulzuras pasaron,
Y á atormentarme llegaron
Las pasiones en tropel.

En el retirado asilo
Donde hoy oculto mis penas,
Rotas miré mis cadenas
Y mi corazón tranquilo.

Pero nunca me olvidé
De aquella madre querida;
Porque á la de Dios unida
En mí su memoria fué.

¿No es el amor maternal
Emanación de Dios mismo?
¿No salva acaso el abismo
De la existencia mortal?

¡Ah, sí! por eso mi llanto
Vuelto en copiosos raudales,
Porque es el mal de los males
El que causa mi quebranto.

Para encontrar el consuelo
Que busca mi corazón,
De la terrestre mansión
Levanto la vista al cielo.

Allí estás ¡oh madre mía!
Envuelta en olas de lumbre,
Y desde la excelsa cumbre
Me ves y me escuchas pía.

Allí de perenne gloria
Por fin hallaste el arcano;
Allí ostentas en tu mano
La palma de la victoria.

Por eso ¡sombra bendita!
Vuelve á mi seno la paz,
Y al adivinar tu faz
Mi esperanza resucita.

Porque si el sentido ciego
No conoce tu ventura,
Desde esta prisión oscura
Mi fe te dice: «Hasta luego.»

FR. FRANCISCO BLANCO GARCIA

Colegio de la Vid.

¡SI YO TUVIERA MADRE...!

CUENTO

A MI QUERIDO HERMANITO ÁLVARO.

CAPÍTULO VI

DOS CORTES POR LO SANO.

I

EN el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. La Virgen María sea conmigo — decía el P. Plácido santiguándose mientras subía pausadamente la escalera de la casa del carpintero.

— ¡Ave María Purísima! — dijo al pisar los últimos escalones.

— ¡Sin pecado concebida! — respondió la voz temblorosa y entrecortada de Manuela.

— La paz sea en esta casa — continuó el sacerdote penetrando en la cocina, donde aquella estaba llorando aún, con su niña dormida en el regazo.

— ¡La paz...! ¡qué falta nos hace, P. Plácido...!

— ¡Lo sé todo, hija mía, lo sé! — dijo el anciano sentándose en un escaño.

— ¿Quién se lo ha dicho á usted?

— Antonio.

— Sí, por cierto, y habrá cargado todas las culpas sobre mí, infeliz mujer, que no tengo á quien volver la cara, solita en este mundo, sola y no de Dios, Padre mío, sin padre ni madre ni perrito que me ladre, y siempre despreciada y arrinconada y aborrecida de mi marido... ¡Pobre de mí, que no le he hecho mal alguno, y se ha empeñado en dar tras de mí porque me ve sola...! ¡Si yo tuviera madre...!

— Vaya, hija mía: sosiégate un poco y escucha, Manuela... Ya sabes que en este mundo nadie está solo; que todos tenemos una madre, que es la Virgen.

— Sí, Padre mío, lo sé y ese es mi único consuelo... ¡Si usted supiera cuántas lágrimas he derramado delante de la Virgen...! ¡Ay, si ella me diera el amor de mi marido y la paz de mi casa...!

— De ti depende, Manuela.

— ¡De mí...! ¡Dios mío, Virgen Santísima, qué más quisiera yo...! Me he estado sufriendo y callando á pesar de verme despreciada, y...

— Te digo que de ti depende. Escúchame con sosiego, Manuela. ¿Amas á Antonio?

— Más que á mi vida.

— Lo sabía.

— Antonio es quien no me quiere á mí.

— Todo eso no es más que viento que se te ha metido en la cabeza... Yo sé que Antonio te ama tanto como tú á él.

— No sabe usted lo que pasa, P. Plácido.

— Lo sé todo, y te aseguro que Antonio te ama como debe amarte.

— Pero si me amase, P. Plácido, si me amase ¿cómo había de darme tantos disgustos?

— Lo mismo podía preguntarte yo.

— ¿Yo le he dado disgustos...? ¡Virgen Santísima, cómo le habrá contado á usted las cosas...!

— Lo he visto yo, Manuela, lo he visto yo por estos ojos ¿entiendes? por estos ojos que se ha de comer la tierra, y puedo decir que no sólo le das disgustos, sino que con ellos le arrojas en el camino del mal y de la desesperación.

— ¡Padre mío!

— Oyeme un momento, Manuela: el disgusto de esta tarde ha estado para costarle á Antonio la vida.

— ¿Qué dice usted, P. Plácido...? — exclamó Manuela poniéndose en pie sobresaltada y desencajado el rostro.

— La vida y el alma, que es lo más sensible.

— ¡Por Dios...! — continuó Manuela.

— Antonio salió de casa desesperado, con ánimo de tirarse al río.

— ¡Jesús...! ¡Virgen bendita de los Dolores...! ¿Dónde está Antonio, P. Plácido, qué ha sido de él...? ¡Acabe usted, por Dios...!

— Sosiégate, mujer, que no me dejas hablar... Veo que en efecto amas á tu marido...

— Por la Virgen Santísima ¿dónde está Antonio?

— Donde está no corre ningún peligro. Está en mi iglesia rezando á la Virgen.

— Voy allá, déjeme usted ir.

— Espera, Manuela: hay que ajustar antes algunas cuentas. Siéntate y ten calma.

— ¡Dios mío...! — exclamó Manuela sentándose.

— Antonio no fué al río, como te he dicho; porque se encontró con Pedro el molinero que le detuvo... ¡Esas compañías, Manuela, las tiene desde que no goza de paz en su casa...! Y desde entonces también va imitando el lenguaje de Juramentos, y

hoy, sin saber lo que se decía, ha echado una blasfemia... ¡una blasfemia contra la Virgen, Manuela...!

— ¡Virgen Santísima, perdonadle, que estaba ciego...!

— Justo y cabal, hija mía, estaba ciego; y ahí voy yo precisamente... ¿Tú crees que si no te quisiera, había de sentir tanto el verte disgustada, que se desesperase y cegase de tal modo?

Manuela se cubrió el rostro con las manos y calló.

— ¿Qué tienes que decir á esto? ¿No es más claro que el agua?

— Pero entonces, Dios mío ¿qué hay aquí? ¿Por qué no hay paz en mi casa...? ¿Quiere usted decir que tengo yo la culpa, cuando daría la sangre y la vida por mi marido?

— Aquí lo que hay, hija mía, es que no os entendéis, y que todos tenéis la culpa y no la tenéis ninguno... Con un poquito de paciencia y un poquito de buena voluntad es fácil arreglarlo todo... Oyeme bien, Manuela... ¿Amas á Angelito...?

— Sí, señor — contestó con alguna timidez y vergüenza la esposa del carpintero.

— Sé que dices la verdad: le amas de corazón, y sin embargo te ruborizas... Empiezas á conocer tu falta... Yo esperaba á que fueras madre, y estaba seguro de que entonces la conocerías... Hoy lo eres, y sabes lo que es el amor de madre... Imagínate por un momento, Manuela, que ese angelito de Dios que duerme en tu regazo el sueño de la inocencia, viniese á caer en manos de otra mujer que no fueses tú...

— ¡Hija de mi corazón...! — gritó Manuela estremeciéndose y besando la frente de la niña.

— Sólo esa idea te asusta ¿no es así...? Pues bien: por el amor de una madre, puedes deducir el de un padre... ¿Comprendes que Antonio tenga menos amor á Angelito que tú á tu niña...? ¿No ha de sentir en el alma, hija mía, cualquier disgusto que se le dé sin razón, como tú sentirías los que á tu niña se diesen...? Ponte en su lugar, figúrate que Angel fuera tu niña, ponte la mano en el pecho, y habla, Manuela.

Esta, que escuchaba en silencio con la cabeza inclinada, estrechó en sus brazos á la niña como si alguien tratara de arrebatarla. Hubo un momento de solemne silencio, en el cual solamente se oía la respiración de los tres.

— Responde, Manuela — dijo el anciano — quiero que alegues todas las disculpas que tengas.

— Padre mío... yo... nunca creo... á lo menos con intención... — balbució tímidamente.

— Ya lo sé, y por eso he dicho que todos tenéis la culpa y ninguno la tiene. Antonio no debía haber llegado hasta pensar que tú aborreces al niño; pero tú que eres madre, comprenderás lo delicado que es el amor paterno; y no debías haber obrado de modo que se lo hicieses pensar... Lo has hecho sin querer; pero, hija mía, lo has hecho... Los niños necesitan amor, mucho amor... amor de madre, y sin él se marchitan y mueren como las flores sin riego... Tú amabas á Angelito; pero tu amor no era de madre... ¡Compáralo con el que tienes a tu niña, y verás la diferencia...! A los niños todo consiste en amarlos y en saberlos llevar... ¡Son felices con tan poco, hija mía...! Un inocente capricho, una florecita, un juguete, una caricia los hace felices... Quítense esas que á nosotros los mayores nos parecen pequeñeces y tonterías... y se los mata... Tú, por ejemplo, te opusiste una vez á que el niño llevase un ramo de margaritas á la Virgen.

— Pero, Padre, si aquello no valía nada...

— Hija mía: la Virgen no estima las cosas que se le ofrecen por lo que valen, sino por el cariño con que se le ofrecen... Más agradece la sencilla margarita del campo que le presenta el niño inocente llamándola su madre, que la corona de oro y pedrerías que se le ofrece con el corazón lleno de orgullo, por vana ostentación. Pero, en fin, el niño tenía ese gusto inocente; era feliz con eso, hija mía; nada te costaba el acceder á ese gusto, y sin embargo, te opusiste á él... Si hubiera sido cosa mala, santo y muy bueno que te opusieras; pero á eso... y á otras cosas como esa, Manuela... ¡Tú no sabes, hija mía, tú no sabes lo que padecen los niños cuando se les trata así, aunque por otra parte se les quiera...! Si tu niña hiciera mañana u otro día lo mismo ¿le darías ese disgusto sin necesidad? Las margaritas del campo te parecerían diamantes, hija mía.

Manuela escuchaba silenciosa; pero lloraba y besaba á su hija.

— ¿Me vas comprendiendo, Manuela? — continuó el sacerdote. — Todos necesitamos tener quien nos ame; pero á los niños, cuyo corazón es más tierno, no les basta cualquier amor: ¡necesitan el amor inmenso, tiernísimo, ardiente de una madre...! Y Angelito sabía lo que es ese amor, porque aun tenía la miel en los labios... y no lo encontraba en

tí... ¿No es muy natural que se afligiera...? ¿No es muy justo que buscara consuelo en su padre...? ¿No lo es también que su padre sacase la cara por él...? Ponte en su lugar, repito... Y aquí, hija mía, no ha habido ni más, ni menos, ni menos, ni más... Que el niño ha creído que tú no le querías; que Antonio se ha llegado á convencer de lo mismo, y que tú has pensado otro tanto de ellos respecto de ti... Y todo por no entenderse, todo cuestión que en un momento se arregla... ¿Tengo razón, hija mía?

Manuela derramaba lágrimas á torrentes sobre el rostro de la niña dormida. El P. Plácido calló un momento contemplándola.

— ¿Reconoces tu falta, Manuela? — preguntó al fin.

— La reconozco, Padre mío, por más que yo nunca pensé...

— Si estoy en eso, hija, estoy: aquí nadie ha obrado con mala intención.

— ¿Y qué quiere usted que haga, Padre mío...? Pídame usted el alma y la vida, que todo lo doy porque vuelvan la paz y el amor á mi casa...

— ¡Bien, muy bien, hija de mi alma! — exclamó el P. Plácido poniéndose en pie. — Eso mismo dijo San Pablo cuando se convirtió: *Señor ¿qué queréis que haga...?* Pues bien: lo que quiero que hagas es que desde ahora mismo seas verdadera madre de Angelito; que pienses lo que harías con tu niña, y hagas eso mismo con él. Sólo eso te pido, y con eso todo quedará arreglado... ¡Te lo pido por Dios, de quien soy indigno ministro; te lo pido por la Virgen Santísima, hija mía...! Ese niño está enfermo... y se morirá por falta de cariño, por falta de amor, por falta de madre, si no la encuentra en ti... Acuérdate, hija mía, de que Dios mide con la misma medida que al prójimo hallamos aplicado, y de que tú eres madre, y que ese pedazo de tus entrañas pudiera verse...

Un grito desgarrador salido del pecho de Manuela interrumpió al sacerdote... Aquella salió precipitadamente de la cocina. Siguióla el P. Plácido por el oscuro pasillo, y de la puerta de la escalera, que caía casi enfrente de la de la cocina, creyó ver desaparecer rápidamente un bulto negro. Pensando fuera ésta la causa del susto de Manuela, quiso acercarse á él, cuando hirió sus oídos el penetrante grito de una mujer que exclamaba:

— ¡Hijo de mi alma!

— ¡Madre mía! — contestaba con ternura la voz entrecortada de un niño.

— ¡Virgen Santísima, bendita seas! — exclamó el anciano llorando y cayendo de rodillas.

Pero en un momento volvió á levantarse y corrió á la habitación, donde Manuela, estrechamente abrazada con Angelito, repetía llorando:

— ¡Hijo mío...! ¡hijo de mi alma...!

— ¡Madre...! ¡madre mía...! — exclamaba también Angelito abrazándola á su vez.

El anciano volvió á caer de rodillas alzando los ojos y las manos al cielo. Al mismo tiempo se precipitaba Antonio en la alcoba exclamando:

— ¡Manuela...!

— ¡Perdón, Antonio mío, perdón...! — gritó Manuela desprendiéndose del niño y arrojándose á los pies de su esposo.

Quedó éste un momento suspenso; pero en seguida tomó á su esposa de la mano, la levantó, y la estrechó en sus brazos con todo su corazón, diciéndole también:

— ¡Perdón, Manuela, perdón...!

El P. Plácido contemplaba aquella escena llorando á lágrima viva y bendiciendo á la Virgen. Tomó luego á la niña, que Manuela había dejado en la cuna; pero Antonio se la arrebató, la abrazó con efusión y cubrió de ardientes besos su frente blanquísima. Manuela, colmada de felicidad al ver esta acción de su esposo, volvió á abrazar y besar á Angelito, que le devolvió llorando de alegría todas sus caricias. Tomó después á la niña de brazos de Antonio, y presentándosela al niño, le preguntó:

— ¿La quieres, hijo mío...? ¡Es tu hermanita...!

— ¡Es otro angelito del pelo rubio...! — añadió el P. Plácido.

— ¡Hermanita mía...! — exclamó el niño abrazándola y besándola.

Manuela no podía imaginar más felicidad, y abrazada con el gracioso grupo de los dos niños, permaneció un rato llorando y dando gracias á Dios.

II

Pasadas las primeras dulcísimas emociones, ambos esposos se deshacían en acciones de gracias al P. Plácido, á quien llamaban el ángel que había traído la paz á la familia.

— ¡Jesús, Jesús, Virgen Santísima...! — exclamaba modestamente el venerable anciano. — Ángel á mí, que soy un pobre pecador...! ¡A mí las gracias,

cuando todo lo ha hecho la Virgen y nada más que la Virgen...! ¿Lo veis cómo la Virgen es buena madre que nos socorre en todas nuestras necesidades y alivia y hasta convierte en alegría todos nuestros dolores...?

— Una espina tengo clavada en el corazón, Padre Plácido — dijo Antonio.

— ¿Cuál, hijo mío?

— ¡He blasfemado de la Virgen!

— Esa espina te debe servir para comprender cuán amorosa madre es la Virgen, pues te ha hecho feliz precisamente la misma noche en que más gravemente la ofendías... Oye, y esa espina puedes quitarla mañana mismo celebrando la fiesta de nuestra patrona la Virgen con una buena confesión, y comulgando en acción de gracias por el beneficio que te ha dispensado cuando menos lo merecías... Verás qué tranquilo quedas.

— Así lo haré; mañana temprano me confesaré con usted si no tiene inconveniente.

— Con mucho gusto, hijo mío.

— Y yo también P. Plácido — añadió Manuela.

— Corriente, corriente, hijos míos... Conque, en eso quedamos... Que sea muy enhorabuena, que la Virgen os bendiga, y hasta mañana... La madre Asunción se va a volver loca de alegría cuando lo sepa, que será mañana prontito... Ea, un besito, Angel.

El anciano dió un beso al niño, que decía estaba ya bueno, y otro a la niña, y se dispuso a salir, y Antonio á acompañarle.

— ¿Adónde vas tú? — dijo el P. Plácido; — mira, no seas tonto, que yo puedo ir solo perfectamente.

— De ninguna manera, Padre, que la noche está como boca de lobo.

— ¡Pues no faltaba más! — dijo Manuela.

— Vaya; si te empeñas, sea, hijo mío, sea.

Apoyado en el brazo de Antonio fué el P. Plácido todo el camino comentando con delicia la escena que acababa de presenciar, saboreando el gusto que de ella recibiría la madre Asunción, y sobre todo ponderando su máxima favorita. Cerca ya de su casa, oyeron la voz vinosa de Juramentos, que cantando una canción obscena se dirigía al molino.

— ¡Eh, eh...! P. Plácido — les gritó con lengua tartajosa — ¿cuándo me da usted la madre que me prometió...? ¡Ja, ja, ja...!

— Desgraciado...! — exclamó el sacerdote.

— Déjele usted, Padre; no haga caso, que está a medios pelos.

— Sí, que cuando está borracho no se puede rebullir.

Juramento siguió despachándose a su gusto, con la madre arriba y la madre abajo, hasta que viendo que no se le hacía caso, echó una blasfemia y calló.

Entretanto Antonio y el P. Plácido llegaban a casa del último y allí se despedían.

— ¿Oyes? — preguntó el sacerdote poniéndose a escuchar.

— Sí; el riachuelo viene crecido — contestó Antonio después de un rato de silencio.

En efecto: no muy lejos se oía el rumor de la cascada que formaba el riachuelo al desembocar en el río, más estrepitoso de lo ordinario.

Aquella noche no pudo dormir el P. Plácido de satisfacción. Cansado de dar vueltas en la cama, se levantó antes de amanecer, abrió la ventana y se puso a rezar. Llamóle la atención que no sonase el rumor de la cascada, al cual había sucedido otro más débil, parecido al del viento en las hojas de los árboles. De repente, creyó percibir un ruido extraordinario que le hizo ponerse en pie con rapidez extraña á su edad. Se asomó á la ventana y escuchó atentamente. La noche estaba oscura, y en el cielo cubierto de nubes no se veía una estrella. Sólo hacia el Oriente se reflejaban los primeros tenuísimos rayos de la aurora. Una ráfaga de viento trajo á sus oídos el mismo ruido que le había sobresaltado.

— ¡Jesús! — exclamó — ¡un grito de mujer...! ¡la riada...!

Y sin aguardar á más que á tomar el sombrero y el balandrán, bajó los escalones lo más rápidamente que le permitieron sus piernas, y en un instante puso en movimiento á los vecinos más cercanos, llamando á sus puertas y diciendo á cuantos con asustados semblantes se asomaban á las ventanas:

— ¡A escape arriba, hijos míos, á escape...! Hay una riada espantosa y personas en peligro, que se oye gritar á una mujer... ¡Llamad á todos los vecinos... que vaya uno á avisar al Párroco, al Alcalde y á la Guardia civil... corriendo...! ¡todos al molino, que allí suenan las voces...! Vengan maderos y cuerdas; todo lo que halléis á mano... ¡A escape, hijos míos, á escape!

Hecho el encargo, el P. Plácido corrió cuanto pudo y llegó el primero á las inmediaciones del molino. No veía nada; pero oía el rumor del río que

bramaba furioso, los gritos de una mujer que pedía socorro é invocaba al cielo, los lamentos de un niño y las voces iracundas de un hombre. Siguió avanzando, hasta que de repente sintió la impresión del agua en sus pies.

— ¡Virgen Santísima! — exclamó santiguándose: — el agua llega hasta aquí... ¡El molino ha quedado casi en medio del río...!

Entonces se oyó claramente una voz de hombre que vomitaba una blasfemia, y en seguida la de una mujer que gritaba:

— ¡Por Dios...! ¡No jures...!

Pero la voz seguía vomitando cada vez blasfemias más horribles. El P. Plácido se santiguó, y alzando las manos al cielo, exclamó:

— ¡Perdón, Dios mío, perdón, que no sabe lo que dice...!

Y luego, reuniendo todas sus fuerzas y colocando las manos junto á la boca, gritó:

— ¡Pedro, por Dios, no blasfemes...! ¡No jures, por la Virgen Santísima...!

— ¡Socorro...! — gritaron entonces á la vez Juramentos, su mujer y su niño.

— ¡Esperanza...! ¡Valor, hijos míos: — voceó el P. Plácido. — Ya van á auxiliarnos...! ¡Encomendaos á la Virgen...!

Al mismo tiempo llegaban corriendo gran número de vecinos del pueblo, con el Párroco, el Ayuntamiento y la Guardia civil. Los gritos del molino continuaban. La situación era angustiosa. Un momento que se perdiese podía traer dolorosas consecuencias. Echase á nado para salvar á aquellos infelices era imposible de noche, y teniendo que luchar con la fuerza de la corriente.

— ¡Una balsa! — dijo el P. Plácido á la gente que acudía.

FR. CONRADO MUÑOS SÁENZ.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Las máquinas de vapor en Francia. — En un importante periódico técnico de la vecina República, acaban de publicarse los siguientes interesantes datos estadísticos sobre el desarrollo que ha tenido allí la aplicación de las máquinas de vapor, y sobre el consumo medio de combustible á que han venido á resultar.

Según las estadísticas oficiales publicadas por el Ministerio de Obras públicas, existían en Francia en 1883 61.039 máquinas de vapor, comprendiendo en este número las máquinas fijas y locomóviles, locomotoras y máquinas marinas (excepto las de los buques del Estado), todo lo cual representaba una potencia total de 4.330.776 caballos de vapor, alimentándose las expresadas máquinas por medio de 64.588 calderas de vapor.

Las estadísticas á que nos referimos, hacen una clasificación de los aparatos ó máquinas de vapor, cuyo estudio es de sumo interés, dividiéndolas en tres categorías: 1.ª aplicaciones industriales; 2.ª, caminos de hierro; 3.ª, navegación.

Las máquinas de vapor aplicadas á usos industriales son en número de 48.409, representando un total de caballos de 653.531. En dicho número figuran 292 locomotoras aplicadas al servicio de canteras con destino á obras públicas ó al de vías interiores de las fábricas.

Aparte de las locomotoras, se clasifican las demás máquinas de la manera siguiente:

26.406 máquinas fijas representando una potencia de 509.339 caballos, ó sea un término medio de 19 caballos por máquina.

9.996 semifijas con 71.106 caballos de potencia, ó sea un término medio de 7,1 caballos por máquina.

11.705 locomóviles, representando 65.685 caballos, ó un término medio de 6,5 caballos por máquina.

Dichas máquinas reciben el vapor de 54.269 calderas, además de las cuales hay 5.583 calderas destinadas á la calefacción ó á otros usos industriales ó domésticos.

Las 59.852 calderas se dividen á su vez en la siguiente forma:

28.484 calderas de hogar exterior, con ó sin hervidores.

9.255 ídem de hogar interior, no tubulares.

20.265 ídem de hogar interior, tubulares.

1.848 ídem de otros diferentes tipos.

Pasando á lo respectivo á los caminos de hierro, se encuentran 9.034 máquinas locomotoras, de las cuales 8.650 corresponden á los caminos de hierro

de interés general y local, 269 á ferrocarriles industriales y 115 á tranvías de vapor.

A las indicadas 9.034 locomotoras se asigna en las estadísticas una potencia total de 3.142.415 caballos, lo que hace un término medio de 359 caballos por locomotora; no expresándose sobre qué base se ha calculado la potencia de las locomotoras. Es de observar, que de dichas 9.034 locomotoras, el 51 y $\frac{1}{2}$ por 100 proceden de fábricas extranjeras.

Los caminos de hierro emplean además 1.681 máquinas de vapor en los talleres, alimentación de agua y otros diversos servicios, á las cuales corresponden 1.993 calderas, y representan una potencia de 13.042 caballos, ó un término medio de 7 y $\frac{3}{4}$ caballos cada una.

En fin, la navegación, tanto marítima como fluvial, comprende 1.748 barcos de vapor, de los cuales 1.467 navegan en ríos, riberas, lagos y estanques y 281 en el mar. Estos buques llevan 1.915 máquinas de vapor, alimentados por 2.235 calderas principales, más 508 calderas auxiliares, correspondiendo á dichas máquinas una potencia total de 421.788 caballos, lo que da un término medio de 241 caballos por buque, no expresándose tampoco en este caso en qué forma se ha hecho la estimación de la potencia.

Es digno de observar, que de la potencia total de 4.330.776 caballos que representan todas las máquinas, corresponden sólo á las locomotoras 3.242.415, ó sea un 75 por 100, y eso sin contar las 292 locomotoras que figuran en la categoría de las aplicaciones industriales.

Las mismas estadísticas consignan el interesante dato del consumo de combustible que en 1883 correspondió á las expresadas máquinas.

El consumo total de los aparatos ó máquinas de vapor ascendió en el referido año á 6.489.756 toneladas, distribuyéndose el consumo entre la hulla, el cok, carbón vegetal, leña y otros combustibles; pero esa distribución ha debido obtenerse por medio de cálculos de equivalencias para tener en cuenta las calderas calentadas por medio del calor perdido de los aparatos metalúrgicos; así es que la mayor parte del consumo de cok se atribuye á las máquinas soplantes de los altos hornos.

Las máquinas locomotoras de los caminos de hierro han consumido 1.188.245 toneladas de hulla; 1.651.637 de conglomerado en *briquetas* y 67.849 de cok, repartidos como sigue, con relación á su origen:

	Francesa.	Extranjera.
Hulla.....	698.069 t. ^s	490.196 t. ^s
Conglomerados (bricuetas).....	1.039.801	611.834
Cok.....	28.322	39.529
	1.766.192 t. ^s	1.141.559 t. ^s

Lo que da para el total una proporción de un 60 por 100 para el combustible francés y 40 por 100 para los combustibles de procedencia extranjera.

Los caminos de hierro consumen además 266.319 toneladas de combustible en las máquinas de vapor de los talleres, cuyo combustible lo forman 175.029 toneladas de hulla y 59.403 de *briquetas*.

Se ve, pues, que con relación al consumo total de combustible que representan en Francia los aparatos de vapor, corresponden á los ferrocarriles sólo 3.223.919, próximamente la mitad.

El nivel de los mares. — Con motivo de la apertura del istmo de Panamá vuelve á estar en tela de juicio la cuestión del nivel de los mares que se suscitó ante la realización del canal de Suez.

Cuando Napoleón fué á Egipto, la comisión científica que acompañó al gran conquistador parece que halló una diferencia entre el nivel del Mediterráneo y el del mar Rojo; pero de aquellos trabajos protestó el célebre físico Laplace, pues aseguraba que ambos mares habían de alcanzar necesariamente el mismo nivel; y tenía razón, como se demostró después cuando la nivelación se hizo tranquilamente y no bajo el temor de un ataque de las tropas turcas, como se verificó en aquella gloriosa campaña de Napoleón I.

Ahora, entre el Pacífico y el Atlántico, se supone que la diferencia de niveles de las mareas puede producir corrientes violentas en el futuro canal, que lleguen hasta hacer imposible la navegación. Para prevenir este peligro, se propone á la Comisión encargada de realizar aquella importante empresa, la construcción de varias esclusas, las necesarias nada más para facilitar la navegación como se verifica en los canales cuando se aplican al citado objeto.

Desde luego, dicha Comisión, si bien no duda de que ambos mares tienen igual nivel, se preocupa

de la diferencia de mareas y ha nombrado una sub-comisión de su seno, que estudie á ciencia cierta el asunto para establecer el sistema de esclusas que facilite el transporte de los buques, en el caso de que se encuentren desniveles que pudieran hacer peligroso é imposible el paso por el canal.

Estos trabajos científicos se realizarán con la premura debida, pues dichas esclusas habrán de ejecutarse antes de la conjunción de los mares, es decir, antes que se establezca la corriente acuática, la cual haría muy difícil la construcción de las obras necesarias para escalar la citada corriente por medio de las esclusas referidas.

El marfil en África.— Para la obtención de esta preciosa materia se sacrifican en el vecino continente cerca de 40.000 elefantes todos los años, según los datos estadísticos más aproximados de estos últimos tiempos, produciendo 1.748.000 libras de marfil, que casi todo va á parar al mercado de Londres, desde donde se distribuye al resto de Europa y á la América del Norte principalmente.

En los países de la costa del Mediterráneo, es decir, en la región del Atlas, no existen elefantes y únicamente hacia la parte del Egipto, y para eso á unos 300 kilómetros de la costa, se suelen hallar algunos individuos de dicha especie. En cambio en el resto de tan vasto continente abunda el elefante, si bien es de esperar que ante la activa persecución que sufre concluirá por desaparecer al cabo de los años.

He aquí las cantidades de marfil que por países se presentan por término medio todos los años al mercado:

Egipto.....	230.000 libras.
Zanzibar.....	420.000 —
Estado libre del Congo.....	350.000 —
Mozambique.....	128.000 —
Región del Níger.....	105.000 —
Gabón, Camerón y Lagos.....	105.000 —
El Congo portugués.....	210.000 —
Mar Rojo.....	100.000 —
El Cabo (colonia inglesa).....	100.000 —

Total para el África.... 1.748.000 libras.

Esta adquisición de tan preciado producto cuesta á los pobres pueblos indígenas muchos hombres é inmensas penalidades, resultando todos los beneficios para las factorías establecidas en la costa.

MISCELÁNEA

Leemos en un periódico y copiamos sin hacer nuestras las noticias:

«A juzgar por lo que aseguran varios colegas, este próximo invierno va á ser fecundo en producciones literarias.

El insigne dramaturgo Tamayo, príncipe de la escena española, ha concluido este verano un drama que destina para ser representado en el teatro Español. El primero de nuestros novelistas, el insigne autor de *El Escándalo*, Pedro Antonio de Alarcón, ha terminado también los últimos capítulos de una novela, que á juzgar por lo que hemos oído, no desmerecerá en nada de las últimas que ha dado á luz.

No ha querido permanecer inactivo el Sr. Echegaray, y según dicen, en tres meses ha perpetrado dos dramas, en los cuales, como si lo viéramos, habrá crímenes horripilantes y escenas de sangre, que si no resuelven ningún problema social, dejan en cambio en el corazón impresiones tan tristes como desconsoladoras. Es lástima que el Sr. Echegaray, que posee condiciones excepcionales para la literatura dramática, persevere con verdadero ensañamiento en seguir una escuela tan desacreditada como la que él cultiva.

El chispeante é intencionado escritor D. Salvador López Guijarro, publicará muy en breve una novela que lleva por título *El cielo y la tierra*, y D. Ramón de Campoamor, leerá en el círculo de la Unión Mercantil dos nuevos poemas que durante el estío ha compuesto.»

Estadística de actualidad en víspera del día de ánimas.

Según las estadísticas sanitarias que publica el órgano oficial del Imperio alemán, han muerto en la semana que empezó el 22 de Septiembre y terminó el 2 de Octubre, por cada 1.000 habitantes, contados por el promedio anual, en Berlín, 26,6; en Breslau, 30,9; en Koenigsberg, 31,0; en Colonia, 28,1; en Francfort, sobre el Mein, 20,2; en Bies-Baden,

16,9; en Hannover, 38,0; en Cassel, 8,1; en Magdeburgo, 29,0; en Stethin, 24,6; en Altona, 25,3; en Hamburgo, 30,9; en Strasburgo, 30,6; en Munich, 30,8; en Dresde, 28,0; en Leipzig, 19,0; en Viena, 22,9; en Buda-Pest, 52,2; en Praga, 23,1; en Cracovia, 27,5; en Basel, 25,0; en Amsterdam, 21,9; en Bruselas, 31,5; en París, 21,0; en Londres, 17,0; en Glasgow, 21,8; en Liverpool, 26,4; en Dublín, 22,8; en Copenhague, 30,4; en Stockolmo, 18,8; en Christiania, 27,4; en San Petersburgo, 22,9; en Varsovia, 31,8; en Odessa, 38,3; en Roma, 21,1; en Turín, 18,3; en Alejandría, 48,7.

Del 5 al 11 de Septiembre, en Filadelfia, 19,8; en Baltimore, 20,4; en Calcutta, 23,0; en Bombay, 21,8. Detalla luego el periódico alemán las enfermedades que causaron mayor número de víctimas en cada una de las principales ciudades de Europa; pero como se ve, de las de España no dice una palabra.

¿Qué les importa á los alemanes de nuestras vidas ni de nuestras estadísticas sanitarias?

Pero falta saber si las han pedido y no se las han mandado. Todo podría suceder.

Algunos periódicos franceses dedican estos días su atención á comentar los discursos pronunciados en el Congreso de juriconsultos católicos que se ha reunido en Lille.

Diez años de existencia cuenta este Congreso, y en ese espacio de tiempo ha tratado y ha resuelto las más graves cuestiones. El tema de los trabajos de este año tiene por título general «La descentralización.» Bajo esta palabra, como lo ha indicado en el comienzo de su magistral oración el Sr. Luciano Brun, se trata de determinar en conjunto las verdaderas condiciones del gobierno de la sociedad, según los datos de la enseñanza cristiana.

En el programa se exponen en síntesis las cuestiones que van á ocupar la atención del Congreso en detalle.

La primera parte está consagrada al examen de los principios. ¿Qué dice la Iglesia respecto á la descentralización? En la segunda parte el estudio retrospectivo de la historia establece en el terreno de los hechos la ejecución de estos principios.

La centralización ha florecido en supremo grado bajo el paganismo en la forma cesárea. El cesarismo se encontró con un poderoso adversario en el cristianismo, que dió á conocer á las sociedades de la Edad Media la verdadera práctica de la libertad, hasta que la noción de la sociedad, corrompida por los legistas, resucitó el triunfo de la centralización llevada á su último término por el espíritu revolucionario.

La tercera parte se ocupa en el estudio de los diferentes síntomas de gobierno de los pueblos de Europa, en los cuales se puede marcar en grados diversos la marcha paralela de los progresos y de las degradaciones de la verdadera idea gubernamental. Después de señalar el mal, corresponde indicar los remedios, y esto es el objeto de los trabajos inscritos en la tercera parte, cuyo título general es: «Las reformas y la verdadera descentralización.»

Finalmente, y fuera del dominio especulativo, el Congreso debía preocuparse con el estado presente de las cosas, las empresas del Estado contra las libertades legítimas del individuo, de las asociaciones y de la sociedad; este es el objeto de la parte más propiamente jurídica del Congreso y en la cual éste se ocupa en el régimen fiscal impuesto á las congregaciones de las capillas y oratorios privados, en la enseñanza primaria, secundaria y superior. En vista de las persecuciones que asaltan á los católicos en este terreno donde se debe ejercer la plena libertad de los padres de familia, ¿se concibe un programa más vasto ni mejor apropiado á las preocupaciones de los tiempos actuales?

El Congreso se celebra en la misma universidad católica de Lille.

Leemos en *El Comercio* de Manila el siguiente suelto, y nos complacemos en reproducirlo por referirse á nuestro nuevo corresponsal en Filipinas, el Sr. Zaragoza y Aranquiza:

«Con el previo y correspondiente cúplase, el Excmo. Sr. Gobernador general de estas islas se ha servido remitir al Sr. D. José Zaragoza y Aranquiza el *Regium exequatur* que, en la forma y bajo la condición que establece la Real orden de 24 de Marzo de 1829, le ha sido concedido en 11 de Junio último por Su Majestad la Reina Regente (q. D. g.) á su nombramiento de cónsul de la república de Liberia en esta capital.

«Es el primer cónsul que tiene aquí esa república, y la elección es acertada, pues recae en persona de conocimientos adecuados para el caso.

«Liberia está situada en la costa occidental del

África, entre el 4 y 7 grados latitud Norte y los 11° y 14° de longitud Oeste; está enclavada en el golfo de Guinea, teniendo por vecinos la colonia inglesa de Sierra Leona y el país de los achantees, y su costa ocupa una extensión de 700 kilómetros. Sus ríos principales son: San Pablo-Mesurado y Cavally; su temperatura media es de 24° y el mes más caluroso el de Enero; la estación de lluvias comienza en Mayo y la calurosa en Noviembre; está poblada por indígenas y extranjerios, y siendo el suelo fértil produce maíz, patatas, arroz, arorú, guisantes, azúcar, aceite, café, maderas tintóreas, etc.; posee además minas de hierro, cobre y hulla. Fué fundada en el año 1822, y en 1825 se promulgó la primera Constitución, copiada casi literalmente de la entonces vigente en los Estados Unidos; y aceptadas las prácticas políticas de las naciones de primer orden, han llegado los liberianos á fundar un Estado digno de figurar entre las naciones europeas así que fué proclamada oficialmente tal república de Liberia el 26 de Julio de 1847, señalándose como capital del Estado á Monrovia; y por idioma oficial el inglés; sostiene relaciones mercantiles, principalmente con Inglaterra, Holanda, Hamburgo, América, España, etcétera. Tiene cónsules residentes en Monrovia, que representan á Alemania, Bélgica, Francia, Haití, Holanda Suecia, Noruega, etc., etc., y firmado tratados de paz, comercio y navegación con Alemania, Inglaterra, Francia, Bélgica, Dinamarca, Italia, Estados Unidos, Holanda, Suecia, Noruega, Portugal, Austria, Haití, España, etc., etc., y forma parte de la Unión universal de correos. En resumen, mantiene buenas y constantes relaciones con España, con el Sumo Pontífice y con los demás Estados, cerca de cuyas cortes tiene agentes diplomáticos y cónsules acreditados, y en la capital hay una misión de Padres del Sagrado Corazón de Jesús; por todo lo cual esta naciente república va á pasos agigantados á su engrandecimiento, civilización y prosperidad.»

El mismo periódico añade que se ha colocado ya el bonito escudo de Liberia y el asta-bandera en la casa de nuestro corresponsal, Calzada de San Sebastián, núm. 39.

Enviamos al Sr. Zaragoza la más cordial enhorabuena por este cargo de confianza tan bien merecido.

El académico correspondiente de la Real de la Historia en Mallorca, D. José María Quadrado, ha remitido á dicha corporación, impresa, su Memoria *El Códice de los reyes ó El Rey de los códices*, atesorado en el archivo general de aquel reino, el cual registra por orden cronológico los privilegios otorgados por D. Jaime I de Aragón y sus sucesores hasta la extinción de la independencia del reino mallorquín.

Es un trabajo importantísimo, esmeradamente impreso por el erudito archivero de Mallorca.

El día 17 del corriente, á las cuatro de la tarde, se verificó el acto solemne de colocar la primera piedra en el convento de Santa Teresa, situado entre el Hipódromo y los Cuatro Caminos.

El Excmo. Sr. Obispo de Madrid bendijo la primera piedra, siendo asistido por el Clero de la parroquia de San Martín.

Después de las ceremonias usuales, el Sr. Obispo celebró las preces de costumbre asistido de numeroso Clero, firmándose á continuación por todos los presentes un acta, que se encerró á continuación en una caja de zinc, depositándose también en ella los nombres de las 21 religiosas de la Orden que hoy constituyen la Comunidad, y algunas monedas y objetos, soldándose aquella y colocándola debajo de la piedra antes indicada, con lo cual, y con la bendición del terreno, se dió por terminado el acto.

Una banda de música contribuyó á la solemnidad de la ceremonia, disparándose también muchos cohetes.

Por último, se distribuyeron entre las señoras presentes las cintas que habían adornado la primera piedra colocada.

Quiera Dios que pronto puedan venir á ocupar la nueva casa las pobres monjas Teresas, arrojadas por la revolución de su convento, situado en las inmediaciones del llamado *Palacio de Justicia*.

Bajo el epígrafe de *La Enseñanza Católica*, publica el siguiente articulo *El Magisterio Español*, órgano el más autorizado de la instrucción pública en España:

«En los pocos años de su pontificado, el augusto León XIII ha promovido de una manera tan notable la instrucción popular, y han sido tan eficaces sus esfuerzos en este sentido, que no bastaría todo este número á dar sumárisima noticia del desarrollo

que en los últimos años han alcanzado los proyectos científicos del sapientísimo Pontífice.

Para formarse una idea ligerísima del incremento que ha recibido la enseñanza religiosa bajo la dirección de Su Santidad, basta decir que, en las populosas ciudades de Beyrout, Calcuta y Washington, se han creado universidades católicas; en los Estados Unidos, 4.088 obras escritas que se han publicado en 1884, las 380 tratan exclusivamente de la religión, y de 11.314 periódicos y revistas, los 570 eran igualmente cristianos. Túnez, Nursia, Tonkin, Madagascar y Zambesa, tienen su historia bien escrita; nuestros misioneros han estudiado nuevamente el fondo religioso del brahmanismo, coptismo y de los Incas, y han hecho extractos y colecciones apreciables.

La obra de la *Santa Infancia* prosigue también obteniendo ruidosos triunfos; más de 350.000 niños son bautizados por su actividad, y esto en el Imperio chino. La *Sociedad de las Misiones extranjeras*, de París, evangeliza en Asia 661.000 cristianos, que viven dispersos entre 210 millones de gentiles; tiene 29 Obispos, 668 Presbíteros, 412 Sacerdotes indígenas; dirige 35 seminarios, en que se educan 1.600 alumnos, y en unas 2.000 escuelas se instruyen más de 45.000 niños.

La campaña realizada en nuestras posesiones del África occidental por los misioneros del Corazón de María, según comunicaciones recibidas en los Ministerios de Marina y Ultramar, registra asimismo brillantísimas victorias para la causa de la civilización y de la enseñanza.

En todas las misiones han montado colegios donde se instruye en religión, letras y artes a todos los niños que puedan conquistar, que a esta fecha deben ser muchísimos, alimentándolos y vistiéndolos gratuitamente. Descúbranse en algunos muy buenas disposiciones para las lenguas, dándose el caso de que el hijo de Boncaro, rey de Cabo San Juan, aprendiera en tres meses la lengua castellana."

Los antiguos suscritores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA no habrán olvidado los eruditos artículos que en ella publicó el sabio P. Fita acerca del Códice compostelano de Calixto II. Tan precioso monumento histórico estaba incompleto, faltábale el libro VI, el cual, según comunicación de D. Antonio López Ferreiro, docto canónigo de Santiago, acaba de encontrarse en el archivo de la Catedral.

Este interesante hallazgo facilitará notablemente la edición de todo el *Códice*, que prepara la Real Academia de la Historia como suplemento a los tomos XIX y XX de la *España Sagrada*.

El lunes 18 del corriente se han inaugurado las escuelas de niños y de niñas fundadas en Madrid por el Excmo. Sr. D. Lucas de Aguirre y Suárez. El establecimiento está situado en la calle de Alcalá, frente a la entrada de coches del Retiro.

En el salón de Actos se ha verificado la apertura, siendo presidida la solemnidad por el ministro de Fomento, que tenía a su derecha al Sr. Obispo de Madrid.

El programa de esta solemnidad era el siguiente: 1.º Sinfonía del *Oberón*. — 2.º Lectura de las más notables cláusulas del testamento del fundador. — 3.º Historia del cumplimiento de las mandas y legados y desarrollo de las instituciones testamentarias, por el Excmo. Sr. D. Manuel M. J. de Galdo. — 4.º Discurso de contestación, por el Excmo. Sr. Alcalde-presidente del Ayuntamiento de Madrid. — Y 5.º Marcha del *Pr ofeta*.

Abierta la sesión, el Sr. Navarro y Rodrigo pronunció breves frases honrando la memoria del difunto Sr. Aguirre.

El Sr. Galdo hizo la historia de la fundación y prometió en breve la publicación de una Memoria, consignándose en la misma el acto que estaba verificándose.

Dijo que al hacerse, hace trece años, la testamentaría cargo del capital, era éste de 178.000 duros; que después de haber hecho cuantas mandas había dejado dispuestas, ampliando la escuela de Mena, construido otra en Cuenca y la de Madrid, existía en pie el mismo capital.

Hizo gran elogio del Valle de Mena, que le componen 61 aldeas y hay en él 24 escuelas.

Dijo que al hacer la distribución de fondos se

había empleado en Cuenca un millón y en la de Madrid más de 80.000 duros.

Que era suya la elección del sitio, porque de esa manera cuantos fuesen a presenciar la fiesta nacional encontrarían a su paso un edificio consagrado a la enseñanza popular.

Habló de la enseñanza que en él ha de darse, que será la de párvulos.

Hizo otras muchas é importantes observaciones, recordando el estado de la enseñanza en otros países.

Manifestó también la importancia que al acto daba el ser presidido por un ministro y santificado



EMMO. SR. D. FEDERICO DE FURSTEMBERG
CARDENAL DE LOS SLAVOS, Y ARZOBISPO DE OLMÚTZ EN MORAVIA.

por la presencia del ilustre Pastor de la Diócesis.

Terminó diciendo que tenía la honra de haber contribuido a cerrar un presidio, abriendo una escuela.

El teniente alcalde, Sr. Romero Paz, pronunció breves frases hablando de la limosna de la enseñanza.

Un distinguido concurso asistió al acto, que terminó a las tres y media.

El 15 del corriente, día consagrado por la Iglesia a festejar a Santa Teresa de Jesús, fué el designado por el Sr. Obispo de Mondoñedo para verificar su entrada solemne en la capital de su diócesis.

El recibimiento hecho al virtuoso y docto Prelado fué tan entusiasta como afectuoso. No obstante lo desapacible del tiempo, numerosos fieles acudieron a recibir al Sr. Obispo a las afueras de la población. El Ayuntamiento, Clero, coronel jefe de la zona militar y muchas personas distinguidas pasaron al palacio Episcopal a saludar a su nuevo Prelado y ofrecerle el testimonio de su consideración y respeto.

Según telegrama de Salamanca, recibido en Madrid el 21, el Nuncio de Su Santidad, Mons. Rampolla, acompañado del Arzobispo de Valladolid y de los Obispos sufragáneos de esta archidiócesis, han llegado a esta capital, siendo recibidos con entusiasmo por el vecindario.

En la misma tarde saldrá para Alba de Tormes a visitar el sepulcro de Santa Teresa, acompañándole el gobernador y una comisión de la Diputación provincial.

Sin que deban darse a estos vaticinios una importancia rigurosamente científica, transcribiremos los de Mr. Noerleson, célebre astrónomo inglés, que

suele acertar, no sabemos si por carambola. Según él, se sentirá en Europa el día 24 una tempestad en la dirección OSO. ENE. No será mucha la intensidad, aunque sí su extensión, estando comprendida entre los 35° y 55° de latitud desde el Atlántico hasta el Asia, donde también alcanzará su acción.

Las lluvias serán generales en la península ibérica, teniendo su centro entre Lisboa y Oporto.

El día 25 sigue dominando la tempestad, que tendrá su centro en el Canal de la Mancha y mar del Norte, en dirección al golfo de Génova, ó sea NO. SE., por lo cual en España la acción de la tempestad estará limitada a la región del NO. y mar Cantábrico.

El día 27 llegará a Europa un gran ciclón, que pasará por América los días 24 y 25, y tendrá la dirección SO. NE. Los países donde se sentirá con mayor energía serán las islas Británicas, Canal de la Mancha, Bélgica y Holanda, Alemania occidental, península Escandinava y mar Báltico, ó bien la parte de Europa comprendida entre el Atlántico y una línea trazada desde el Cabo de San Vicente hasta el golfo de Finlandia.

También a España alcanzarán los efectos desastrosos del ciclón, notándose fuertes vientos de SO. y copiosas y abundantes lluvias.

El núcleo del ciclón será el 28, que abarcará toda la Europa, propagándose por el Asia y viniendo acompañado de lluvias generales. En España dominarán los vientos SO.

El día 29, por admirable compensación de fuerzas, y para equilibrar la trastornada máquina atmosférica, tan perturbada en los días anteriores, dominará un anticiclón del NE. SO., tan vigoroso como el ciclón, y arrancando desde el mar glacial Ártico atravesará toda la Europa en la dirección antedicha, ó sea procedente del primer cuadrante.

Las consecuencias de este anticiclón serán: una baja considerable de la temperatura, lluvias abundantes en todas partes y nieve en varias.

En España será un día desapacible, de viento fuerte del primer cuadrante y lluvioso.

Ha terminado la perforación del túnel de Arlberg, abierto en el Tirol, cuya galería ha resultado 3 metros más corta que la longitud calculada, verificándose el encuentro de los dos avances un día antes de lo que se esperaba; análogo hecho

ocurrió respecto al túnel del monte San Gothardo, siendo causa de ello la acción perturbadora que los minerales de hierro ejercen en las brújulas, que sirven para levantar los planos y hacer los estudios.

El túnel de San Gothardo mide 14.900 metros de longitud; el de Mont-Cenis, 12.323; y el de Arlberg 10.270. Las obras de Mont-Cenis duraron catorce años, las del San Gothardo ocho, y tan sólo cuatro las del Arlberg, efecto de la experiencia adquirida en esta clase de trabajos, y adelanto y perfección de la maquinaria empleada.

El gasto total del subterráneo de Arlberg, comprendida la doble vía, no excederá de 36 millones de pesetas.

Los periódicos de Quito, capital de la república del Ecuador, traen la noticia de haberse celebrado en el mes de Julio el primer Congreso eucarístico americano con ocasión del segundo centenario de la institución del culto del Sagrado Corazón de Jesús.

ADVERTENCIA

Rogamos a los constantes amigos de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se sirvan enviarnos listas de personas a quienes se pueda enviar y recomendar el periódico.

Una suscripción nueva es un recurso más en la Caja de los pobrecitos huérfanos.

MADRID.—Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.